

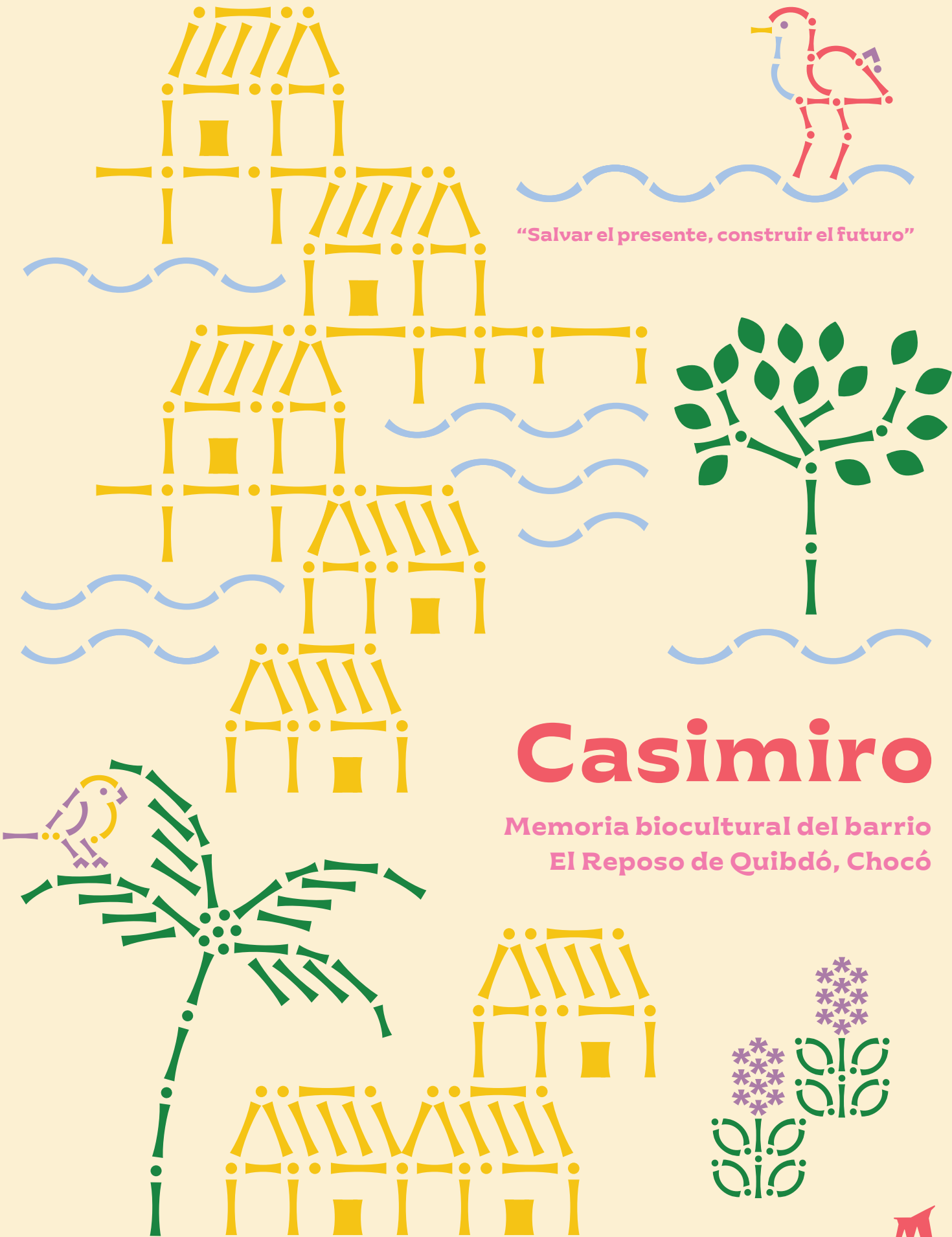


“Salvar el presente, construir el futuro”

# Casimiro

Memoria biocultural del barrio  
El Reposo de Quibdó, Chocó





“Salvar el presente, construir el futuro”

# Casimiro

Memoria biocultural del barrio  
El Reposo de Quibdó, Chocó



## Ministra de las Culturas, las Artes y los Saberes

Yannai Kadamani Fonrodona

## Viceministra de los Patrimonios, las Memorias y la Gobernanza Cultural

Saia Vergara Jaime

## Viceministro de las Artes y la Economía Cultural y Creativa (e)

Fabián Sánchez Molina

## Secretaría general

Luisa Fernanda Trujillo Bernal

## Biblioteca Nacional de Colombia

Adriana Martínez-Villalba García (directora)  
María Fernanda Silva Salgado (líder del campo de acción LEO del Plan Nacional de Lectura, Escritura, Oralidad y Bibliotecas “Leo la vida”)  
Kelly Johanna Zapata Flórez (líder del Plan Departamental de Lectura, Escritura, Oralidad y Bibliotecas del Chocó “Arnoldo Palacios”)

## Equipo de la expedición biocultural - 2024

Willinton Albornoz Quejada  
Ana María Arango  
Santiago Angulo Duarte  
Jery Aillín Restrepo Durán  
Yaslín Tatiana Córdoba Palacios  
Luis Eduardo Palacios Vacca

## Líderes de “La ruta de los cuidados”

Andrés Felipe Mena Chaverra  
Luis Alberto Saucedo Rivas  
Luz Mely Moreno Palacios  
Yenny Leonor Mosquera Córdoba  
Martín Matilde Cuesta  
Luis Fernando Ubaldo Orejuela  
Jonathan Martínez Quintero  
Yonier Torres Hinestroza  
Rodolfo Ortiz Casas

## Líderes barriales, miembros de los comités de “La ruta de los cuidados”, sabedoras y sabedores del barrio El Reposo

Ciri Elena Palacios Palacios  
Yaciri Palacios Palacios  
Kely Dajhanna Murillo Mosquera  
Jorleicy Romaña Valoyes  
Carolina Cuesta Mosquera  
Cindy Paola Cuesta Mosquera  
Yurani Perea Cuesta  
Lewis Andrés Palacios Palacios  
Yiseth Carolina Palacios Palacios  
Juan David Moreno Salinas  
Yorledy Hurtado Rentería  
Albertina Santos  
María Borja  
Ana Paulina Martínez

Luz Ney Rivas  
Alidor Córdoba  
Acny Chaverra  
Katy Yiseth Rentería  
Aleyni Esther Salas Mosquera  
Yuranny Perea Cuesta  
Juan José Cossio Quesada  
Yomar Andrés Cuesta Morales

## Jefe de la Oficina Asesora de Comunicaciones

Óscar Javier Cuenca Medina

## Grupo MiCASA

Sergio Zapata León  
María Lucía Ovalle Pérez  
Dilian Querubín González  
Simón Uprimny Añez  
María José Castillo Ortega  
Paola Caballero Daza  
Andrés Ramírez Muriel

## Gestión administrativa

Vannessa Holguín Mogollón

## Asesoría legal

Yivy Katherine Gómez Pardo

## Primera edición: noviembre de 2025

ISBN (impreso): 978-958-753-766-6

ISBN (digital): 978-958-753-767-3

**Título de la publicación:** *Casimiro. Memoria biocultural del barrio El Reposo de Quibdó, Chocó*

## De los textos

@Yijhán Rentería Salazar  
@Paola Caicedo Moreno

## De las fotografías

@ Yonier Torres Hinestroza  
Comité de Comunicaciones “La ruta de los cuidados”

© Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes.

Está prohibida, sin la autorización escrita del editor, la reproducción total o parcial del diseño y del texto de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Está prohibida la venta de esta obra.



# Contenido

Presentación .....	4
Yo, Casimiro .....	8
Repartir la tierra, rehacer la vida .....	12
El peso de los silencios .....	24
Donde la vida se sostiene .....	30
Casimirito, hijo enfermo de mis aguas .....	46
Conocer para cuidar: la ruta de los cuidados y la expedición biocultural .....	52
Mi barrio es una familia de agua .....	56

# Presentación



“La ruta de los cuidados” es una iniciativa comunitaria impulsada por jóvenes líderes del departamento del Chocó. Entre sus objetivos están fomentar la reconciliación, la reconstrucción del tejido social y el fortalecimiento de relaciones equitativas entre los seres humanos y la naturaleza de la que hacen parte. En el corazón de la ruta está la quebrada Casimiro, un territorio biocultural que atraviesa El Reposo, sector ubicado en la comuna 1 de la ciudad de Quibdó, que abarca los barrios El Reposo 1, El Reposo 2 y 2 de mayo y desemboca en el río Atrato.

Más que un recurso hídrico, la quebrada es comprendida como un símbolo de transformación, un lugar de encuentro y sustento para la comunidad, pero que también se ha visto afectado por problemáticas como el deterioro ambiental, los conflictos y disputas territoriales que tienen lugar en el barrio. A través de actividades participativas, como talleres, recorridos y limpiezas, los jóvenes de “La ruta de los cuidados” trabajan para que la quebrada sea reconocida como un lugar y un sinónimo de vida en medio de condiciones de violencia.

En el 2024, el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, a través de su Plan Departamental de Lectura, Escritura, Oralidad y Bibliotecas del Chocó “Arnoldo Palacios” (PDLEOB -Chocó) de la Biblioteca Nacional de Colombia, y del entonces llamado Grupo de Cultura de Paz, se encontró con los jóvenes de “La ruta”. Luego de escuchar las lecturas sobre su territorio y de preguntarles cómo acompañar y fortalecer las acciones ya realizadas por ellos,

el PDLEOB - Chocó se articuló con ellos alrededor de una acción concertada: la expedición biocultural.

La expedición es un proyecto que impulsa el registro, la exploración y construcción de saberes y memorias bioculturales con la mediación de las prácticas de lectura, escritura y oralidad, y a través de diálogos entre diversos tipos de conocimiento, como los populares, ancestrales y científicos. En colaboración con los habitantes del barrio, la expedición contempló el desarrollo de actividades para documentar la diversidad biológica y cultural de la quebrada y recopilar recuerdos, experiencias y relatos de la comunidad. Estas acciones permitieron identificar los elementos afectivos que han moldeado la identidad y las historias compartidas del barrio.

Las páginas siguientes recogen historias, reflexiones y aprendizajes que celebran la riqueza biocultural del Chocó e invitan a imaginar y construir territorios de paz, justicia y buen vivir, tanto para las comunidades humanas como para las no humanas que habitan en el corazón del Chocó. A su vez, son un ejercicio de polifonía, de afectos y diálogo de saberes y memorias, en el que viven las expresiones, los ritmos y las formas propias de los habitantes de Quibdó, como reivindicación de sus historias, sus modos de decir y sus maneras de habitar el mundo. También son una expresión de lo que es posible alcanzar gracias a las articulaciones público-comunitarias.

El papel de la Biblioteca Nacional de Colombia y del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes ha sido escuchar y acompañar un proceso que ya existía en el territorio, y sumarse a él, de manera respetuosa y dialógica, desde su misionalidad y sus posibilidades: la de acompañar la conversación, la lectura, la escritura; la de publicar y poner en circulación este libro que hoy, gracias a la suma de tantas voluntades, está en las manos de los y las lectoras.

Agradecemos a cada persona y colectividad que participó en este diálogo y, en especial, a los jóvenes de “La ruta de los cuidados” por la confianza y la acogida; por enseñarnos sobre el compromiso con la construcción de paz, y por ser ejemplo de lo que significa el cuidado comunitario de la vida y el territorio.

**Adriana Martínez-Villalba**  
**Directora**  
**Biblioteca Nacional de Colombia**



# ¿Qué desean lograr con este libro, con su ejercicio social y con este proceso?

Nos interesa construir un legado.

Un legado de transformación de la conciencia, que ayude a crear nuevas realidades, unas que sean mejores que en las que hemos crecido.

Que las futuras generaciones sepan que, aunque el barrio es difícil y se viven cosas terribles, no todos son malos, no todo es malo, que sepan que hubo en algún momento jóvenes como ellos que se esforzaron por ser mejores, por ayudar a construir la paz en el barrio para que ellos estuvieran mejor.

No se trata solo de nosotros, quizás no lo podamos ver hecho, pero ayudar a que Casimiro se sane es nuestra responsabilidad y ya no se puede esperar más.



# Yo, Casimiro



Me llaman Casimiro y no siempre fui quebrada. Primero fui aguacero y mojé la tierra, me fui escurriendo entre ella hasta hacer mi cauce. Ya no sé desde hace cuánto tiempo ando por aquí, como una culebra que se mueve con maña. En algunas partes miro pa el cielo y en otras me tapo del sol debajo de los pichindés. La casa mía es Quibdó, entre la selva chocoana. Una tierra bonita y dura. Esta es tierra de pura agua donde el aguacero no viene de visita, no, sino que es un pariente cercano que llega todos los días. Aquí todo es bastante: el sol, el monte, el pescado, los frutos, el oro. Yo mismo voy bajando, bajando, bajando las pepitas doradas hasta que se las entrego al Atrato, que es mi padre, el río padre de estas tierras.

Desde que me hice quebrada y me quedé unido con el Atrato para siempre, comencé a sentir muchas vidas recorriéndome por dentro, las raíces del monte que se me van metiendo para mantener el verde, los peces que se mueven ligero, la lengua de las chuchas, el paso rápido de las chochoras que me cruzan como sin tocarme. A veces me pongo manso pa sentir los pasos de la gente que hace siglos me camina en lo más seco del cauce y mis orillas. Primero los indígenas, los negros después, los colonos en medio.

Me di cuenta de los espejos que les dieron a cambio del oro y de los latigazos en la espalda. Del trabajo duro que les ha tocado, del llanto, de los cantos y la libertad. Ha habido tiempos en los que

← Imagen página anterior:  
Actividades pedagógicas  
con niños, niñas y jóvenes  
del barrio El Reposo, de  
Quibdó, Chocó.

ninguna gente viene. Ni siquiera me llega razón desde el Atrato pa decirme que hay alguien cerca. En esos tiempos hemos sido nosotros no más: el monte, el aguacero, el calor, los animales, mi padre y yo. Entonces, cuando menos se piensa va llegando en la brisa la noticia de que, a lo lejos, hay pueblos haciendo su vida.

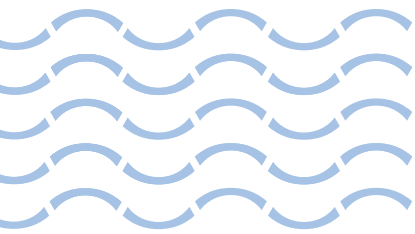
Hoy en mis orillas vive mucha gente, ¡maúnífica!, es un gentío. Se mueven cerca de mí con sus pies balsudos, con sus risas sabrosas y a veces con ojos de pesar. Me gusta cuidarlos y que estén cerca pa no sentirme tan solo. Yo les doy música de agua y ellos me dan sus cantos, sus voces vivas y me dejan verlos corriendo, chapoteando, danzando al son las músicas de ellos. Tienen la piel oscura como es oscuro el monte apenas el sol se va. Saben que son ricos, que el monte da, que la madera es buena, que el oro con el que se adornan es de ellos. Desde afuera, desde aguas distintas que cargan sus propias gentes, los miran raro. Lo sé porque allá al otro lado de la cordillera, el mundo sigue siendo mundo, el suelo sigue siendo suelo... y al final todo se filtra. Allá dicen que tanta alegría de los míos es cosa sin razón, que lo que tienen no sirve, que lo que creen no vale. Tampoco ven lo que mi gente es sino todo lo que les falta, sus casas sin terminar, sus ropas viejas o escasas; ven cuando están alicaídos pa decirles perdedores y juran que es fealdad lo que hay en su negrura. Las gentes de esas otras aguas dicen que aman esta tierra, este otro lado de la cordillera. Yo les creo. Aman esta tierra, pero sin su gente, sin mi gente que es su dueña, aman el oro y la madera, la selva y las riquezas. No, no aman. Ambicionan.



Yo quisiera que todos supieran de mi gente lo que yo sé, que cuando la vida los ha golpeado, ellos se han juntado pa componerse y se han sostenido siempre que ha hecho falta, incluso antes de venir hasta acá, hasta donde mí.

Ellos son como yo: le tienen miedo al trueno que los zarandea y al rayo que los quema, pero resisten la tempestad y todo lo que queda dañado después, porque al final el sol vuelve en lo alto y la vida avanza con su música, ellos la empujan pa adelante. También saben que fue una tempestad la que me los trajo hasta acá. Desde ese entonces, nos hemos acompañado con sentimiento.

Mi padre y todos los ríos y quebradas que vamos a dar en él somos uno solo, una sola agua que moja el monte en la orilla. Entre nosotros no hay secretos, sabemos si cae aguacero en la cabecera, si muere



un pez grande, si la creciente anda cerca, si alguien se ahoga. Por eso cuando un día, hace más de veinte años, el agua se volvió pesada y amarga, me di cuenta de que algo había pasado. Algo que nunca había ocurrido porque ese amargor era raro, no se parecía al de los peces muertos o al de los ahogados, y ese peso del agua no dejaba salir la música que voy haciendo cuando me topo con las piedras. Yo intentaba hacer música pero mis aguas estaban más mudas que cuando allá, en el Atrato, se ahoga un muchachito. *Algo malo viene, Casimiro*, dije pa mis adentros y empecé a prepararme pa cosas serias.

Los días pasaron y empezó a llegar gente. Traían dos o tres cosas como el que sale apurado, pero en las caras cargaban una cosa maluca, una tristeza que era lo que más pesaba. Yo decía *Hombre, ¿qué será que les pasa? ¿por qué vinieron a dar acá?* Me pasaba los días con la matazón de las preguntas porque algunos venían malogrados, como recién parados de una caída. Vi unas cuantas mudas de ropa, colchones viejos, sillas y comida. Cosas balsudas, los pesados eran ellos. Ahí me di cuenta de que, aunque traían poquito, no estaban de paso, porque nadie puede andar mucho llevando el peso de un dolor tan grande. Caminaron por mis orillas con el vaho de la sangre en las plantas de los pies. Con cada paso me iban contando el horror que habían movido Atrato arriba hasta que me encontraron. Los primeros en sentarse cerca de

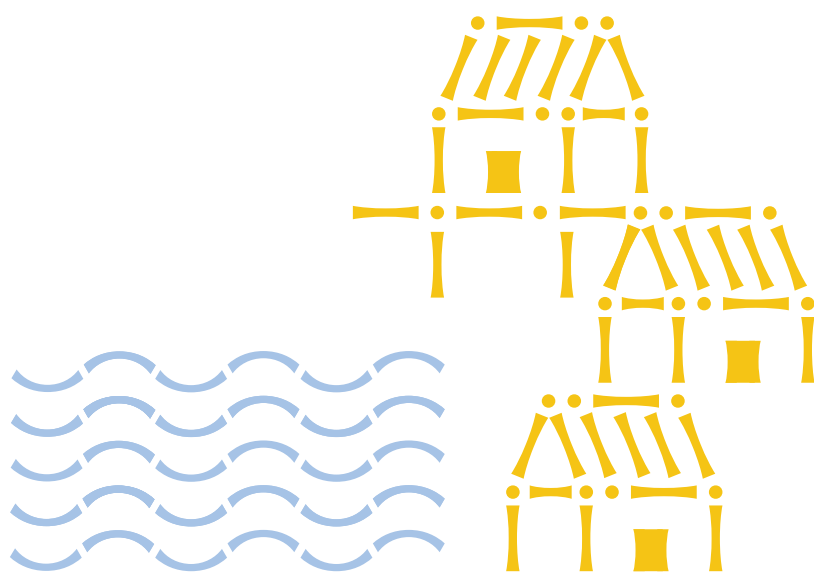
↓ Recorrido realizado en el marco de la expedición biocultural por la quebrada Casimiro del barrio El Reposo de Quibdó, Chocó.



mí tenían los ojos llenos de agua que casi se desbordaba. Y yo, que solo sabía de las aguas saladas por lo que el Atrato me contaba, sentí cómo la sal amarga caía en mi cauce, primero goteando y ya después corriendo a la par conmigo, esa sal me fue contando toda la verdad que el río me había anunciado. Una cosa maluca se me hizo por dentro, sentí las aguas revueltas, como arrastrando pantano hasta el Atrato. Por esos días, un aguacerito caía y caía. Mayo siempre ha sido un mes llorón. Las aguas se me calmaron, pero asentada en el fondo quedaba la tristeza que esa gente me había prendido.

Casimiro significa “proclamador de la paz”, yo creo que por eso el Atrato los trajo hasta mí, pa que yo les diera lo que andaban buscando, pa acompañarlos a lavarse la sangre de las plantas de los pies y encontrar otros caminos, pa guardar sus secretos más queridos y lavarles con mis aguas todo el sufrimiento que han tenido que cargar.

**Soy quebrada vieja, corazón de agua  
y guardo los recuerdos de mi gente.  
Vea ve, si tiene ganas de ponerme  
cuidado, en estas páginas voy a  
contarle lo que he visto y sentido  
con ellos, pa que no se pierda en el  
tiempo. Pa que, tal vez, quienes lean  
sepan que aquí, en estas orillas, se  
vive con dignidad, no importa si la  
vida se pone corriente arriba.**



# Repartir la tierra, rehacer la vida



**Llegamos sin nada y desplazados. Llegábamos a las casas de personas desconocidas y nadie nos negó el apoyo en ese momento. La empatía y el espíritu de solidaridad, al tocar puertas y ver rostros que jamás habíamos visto y que aun así nos tendieron la mano.**

Los que llegaron se fueron acomodando donde familia y conocidos. El Atrato va regando gente pa arriba y gente pa abajo y nunca le falta al atrateño quien comparta el apellido, la casa y el pedazo de pan. Unos les fueron dando a los otros de lo que tenían, los muchachitos fueron encontrando con quien jugar, conocieron primos o se volvieron hermanos de hijos de otras mamás. Eso es bonito, les digo, cuando la cosa está mala siempre aparece en estas orillas quien le da la mano al otro. Así pasó un tiempo, pero después empezaron las miradas pesadas. A los dueños de casa no les alcanzaba pa tantas bocas, la rabadilla les dolía por dormir mal, apretados pa acomodar a los otros. Entonces, con los ojos o con la boca les pidieron a los llegados que fueran haciendo su camino.

Por esos días, apenas los niños venían a nadar contentos en mis aguas. Maúnifica, eso era una sola calentura de carcajadas y piruetas. No había amanecido y ya andaban ellos chapoteando o echándose agua con vasijas de plástico. Gente de río, pues. Porque en Bellavista, de donde habían venido corriéndole a la guerra, el río era cosa que siempre aliviaba las penas. Por esos días las mujeres llegaban con las poncheras a lavar la ropa y conversaban de todas las preocupaciones: que Fulana seguía llorando al marido y estaba muy flaca, que la otra había conseguido trabajo en casa de familia y no le pagaban, que a la de aquella ya no le daban el bocado en la casa donde estaba y no había encontrado pa donde coger.

Así se les iba el día y después se echaban la ponchera a la cabeza y se iban con la ropa limpia y los mismos problemas sin solución. Yo sentía toda esa congoja porque no hallaba más qué darles ni qué hacer por ellos.

Pero, vean ve, la vida quita y da. Por ese tiempo apareció don Manuel Gamboa. Tenía unas tierras cerca de mi cauce. Don Manuel también sentía pesar de ver a los llegados como hijos de nadie, en tanto desamparo. Y no fue cuento, sino que una mañana tomó la decisión de repartir sus tierras entre toda esa gente que había salido corriendo con una mano adelante y otra atrás pa salvarse de la guerra.

Don Manuel, hombre de visión, fue de casa en casa llamando a la gente, se reunió con ellos y les contó que si se organizaban iba a darle a cada quien su pedazo de tierra pa hacer su rancho. Eso se formó una algarabía, la gente contenta se fue apuntando y Don Manuel comenzó a señalar con calma: “este espacio pa usted, este otro pa aquella familia”. No pedía plata ni favor. Lo suyo era dar tierra pa que otros hicieran la vida. Así la gente recibió lo primero que era suyo de verdad por estos lados.



Los trabajos comenzaron con lo que cada quién sabía hacer. Unos rozaban el monte mientras los otros buscaban los palos pa comenzar las obras, otros pegaban tablas o cobaban la tierra pa meter los puntales. Las mujeres se juntaban, y en fogones de leña montaban unos ollones pa hacerle de comer a los que trabajaban levantando las casas. Venían a mi orilla y sacaban agua pa lavar los trastes, pa mezclar el cemento de los pisos y, al final del día, pa enjuagarse todo ese cansancio y el sudor de la faena. Me sentía contento con ellos, ponía el agua mansa pa que la sacaran fácil y la mantenía tibia cuando venían a bañarse. Ya me había encariñado y sabía que esa era mi familia.

Cada vez había más casas y la gente se sentía tranquila de tener donde echar el sueño y meter sus cosas. Por momentos yo los veía tan contentos como si el horror no les hubiera pasado por encima. Don Manuel se mantenía al pie de las obras, animando a la gente y entregando tierras a los que iban apuntándose y entregando los papeles. El barrio fue tomando forma y de ver la calma de la gente al tener su propio techo, Don Manuel lo llamó El Reposo. A mí también me gustó el nombre porque después de tanta angustia, de tanto moverse de un lado pa el otro con miedo, de tanto llanto y muerte, este barrio les daba lo que necesitaban: reposar. Hasta parecía mentira, mi gente.

Los primeros ranchos fueron de tabla, con zinc oxidado, con pisos de tierra y unos cuantos de cemento. El aire caliente se escurría por las rendijas y cuando llovía no faltaban las goteras. Pero servían. Eran de ellos y yo los oía hablar de su casa con orgullo. A Don Perfecto lo escuché decir un día que menos mal había cogido a Celestina por mujer, porque otra más berraca no iba a conseguir. Ella fue de las primeras en llegar a las reuniones de Don Manuel, en apuntarse en la lista y llevar los papeles. Él estaba medio remolón cuando se ofrecieron las tierras, pero ella no lo pensó mucho. Lo arrastraba a las reuniones y lo animaba. Él pensaba en lo encabildada que era su mujer, que cuando una cosa se le metía a la cabeza acababa haciéndola como fuera. Así fue como de una reunión a otra, de una olla comunitaria a otra, clavando palos y apuntalando paredes, terminaron siendo los terceros en meterse a su casa.

Aunque el llanto que los había mandado hasta acá todavía se escuchaba, había una esperanza de hacer la vida con los que se salvaron. Comenzaron a buscar trabajo para hacerse unos pesos, lavando ropa, cargando bultos, vendiendo en la plaza, lo que resultara era bueno. Yo empecé a preocuparme porque cada vez venían a jugar más pelaos solos. Y cada vez pasaban más tiempo en el agua, jugando sin destino. Las mamás se iban temprano a buscarse el peso en casas de familia y ellos quedaban todo el día pa arriba y pa abajo en este monte.

Mi gente, ustedes saben que el desocupado da en vicio. Yo mantenía las aguas quietas, lo más claras que podía pa que los muchachos se amañaran y no cogieran mal rumbo. Me daba rabia verlos a su suerte, pero no era rabia con los papás ni las mamás porque había que buscar pa comer, sino con la injusticia porque mientras ellos correteaban las monedas, ¿quién cuidaba a los pelaos?

Pero uno sufre y sufre hasta que encuentra con quien compartir el sufrimiento. Doña Ana, una de las mujeres del barrio, venía sintiendo lo mismo que yo. A ella siempre la ve uno alegre, con los dientes pelados, pero le pone cuidado a las cosas. Como es bien avispada reunió un grupo de mujeres pa cuidar a esa muchachera cuando las mamás y los papás se iban a trabajar. La gente ponía lo que tenía: que el arroz o la vija, un tomate, una cebolla o pescado, ellas cocinaban pa los muchachos y los cuidaban hasta que volvían los familiares y así se fue convirtiendo Doña Ana en la mamá de un pocotón de gente. Ellas no tenían reparo en preparar baños de





↑ Líder de “La ruta de los cuidados” y habitantes del barrio El Reposo.

matarratón pa los pelaos con fiebre o calentarles zumo de poleo y darles su toma cuando los sentían con tos. Con los años, aprovecharon una casa comunal que estaba abandonada en la zona y la convirtieron en la Casa Hogar que hasta hoy es refugio de tantos pelaos. Por ahí han pasado muchos que ya hasta tienen sus propios hijos.

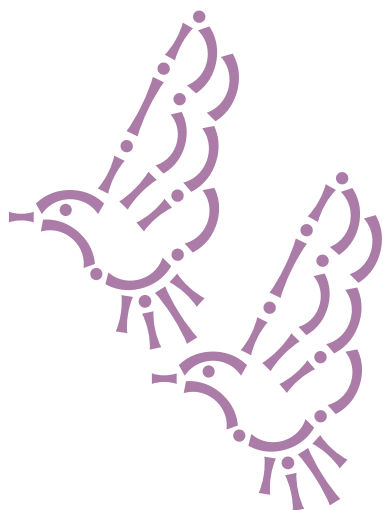
Doña Ana, iqué mujer tan brava, vean ve!, se enteró de que en una entidad estaban dando plata pa proyectos y se metió entusiasmada. Así consiguió pa pagarle a las mujeres cuidadoras, que son a la vez vecinas, mamás y amigas. Así los muchachos se sienten siempre como en familia.

Hasta las casas vecinas llegan las risas y los cantos de los muchachitos en la Casa Hogar, contentos casi siempre. Algunas veces los cantos se paran porque se escucha algún grito y todos paran la oreja pa saber qué es la cosa. Entonces llegaba clarito un nombre gritado con llanto, o se regaba el rumor de que habían encontrado a alguien muerto en el monte. O llegó a pasar que los más pequeños llegaban a la casa y encontraban un cuerpo. Así ha sido el barrio: mientras unos levantan



paredes y cuidan la vida, hay otros que meten miedo. Yo los conozco a todos y los quiero por igual. Aquí sigo hoy con ellos, aguantando y guardando secretos hasta que me permita el alma.

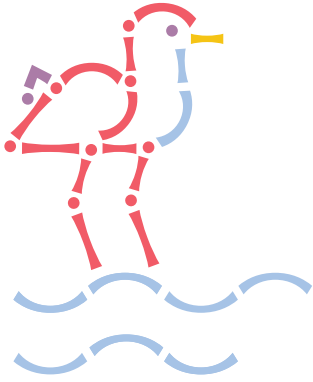
Pero, bueno, estaba contándoles cómo se formó el barrio. La cosa es que después de las primeras casas el barrio siguió creciendo, pero no era legal. Por eso tocaba llevar la energía con alambre de púas y a cada rato se quemaban los bombillos, o se metía un apagón por sobrecarga. Muchos se quedaban con las ganas de tener su televisor por miedo a que en un descuadre de la luz se les dañara. Se alumbraban como podían y eso era todo.



Cuando Don Manuel consiguió un inversionista pa hacer las casas en concreto —un señor que se llamaba Ómar—, ya el barrio se había poblado bastante. Vean: por un lado estaban los llegados de Bellavista; por otro lado, gente que había llegado por la violencia en otras partes del Chocó y a esos súmenle otros del mismo Quibdó que aprovecharon la oportunidad y se metieron a coger un pedazo de tierra pa hacer su casita en El Reposo. Por ese entonces, como pa distinguirse, la gente mía le había puesto nombre a su sector, lo conocían como Brisas del Norte. A mí me gustaba ese nombre porque era verdad que acá todas las tardes pegaba una brisa sabrosa, que refrescaba todo y a veces los que venían a darse su chapuzón salían temblando del frío, por mucho que yo bregara a mantener el agua tibia. Porque ese fue otro paso grande: de ranchos endebles a viviendas que aguantaban. Y con eso, la esperanza se volvió más firme.

Don Manuel seguía mandando la parada de la entrega de tierras y en la comunidad de los llegados de Bellavista había una mujer pujante que organizaba a su gente para hacer todo más fácil. Su nombre es Derly y, sabiendo que la unión hace la fuerza, se juntó con don Manuel pa sacar adelante el asunto de levantar las primeras casas de concreto. Pero, vean ve, la cosa no estuvo fácil. Don Manuel decía que todo el que se hubiera quedado en El Reposo tenía derecho a meter sus papeles pa ver si le resultaba la suerte de tener su casa de cemento. Pero Derly era del pensamiento de que solo la gente venida de Bellavista tenía derecho, porque, al fin y al cabo, toda esa gente allá en su tierra tuvo una casa y fue la tragedia la que se los dejó sin nada. Yo mismo no sabía de qué lado estar porque los dos tenían su razón. Claro está que la familia mía eran los llegados en tragedia, los que el Atrato me mandó pa que los cuidara. Pero entre tanta gente luchando por tener algo en las manos, sí era muy difícil echar pa un lado.

← Vista de una noche en el barrio El Reposo.



La cosa fue que Derly y Don Manuel no se pudieron poner de acuerdo y seguían cada uno con su idea. Don Manuel, muy buena gente y con las manos abiertas, y Derly bien parada y peleando por los suyos. Todo acabó en que Don Manuel, que es hombre sabio, decidió que no seguía, que ya había hecho lo que más podía: darle tierra al que la hubiera necesitado y eso era suficiente pa él. Así fue como Derly siguió sola liderando ese proyecto y las primeras casas de cemento fueron pa la gente mía, los que habían llegado Bellavista siete años atrás. De Brisas del Norte, que ya les dije que me gustaba, Derly cambió el nombre a 2 de mayo. No quería que nadie se olvidara de que la tragedia que los trajo a mi orilla era la misma que les permitía comenzar una vida nueva. El nuevo nombre nos gustó a todos, porque así nadie olvida a los que ya no están.

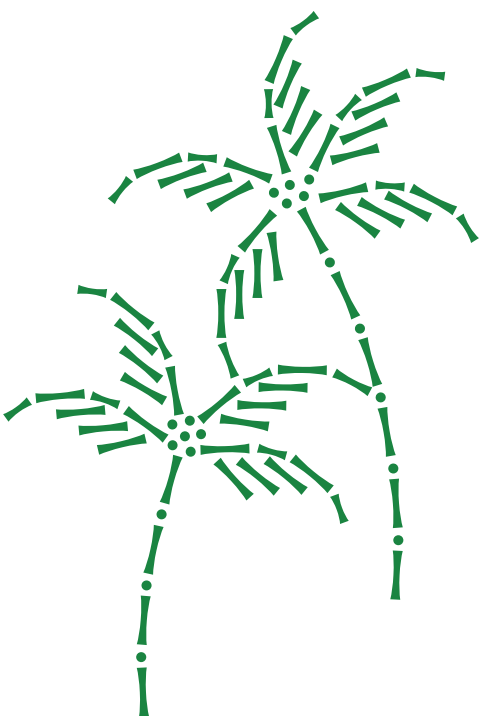
Para el 2009, las casas en concreto ya iban tomando forma y la gente, aunque no olvidaba sus dolores, había entendido que acá estaba su vida. Muchos de los que llegaron al principio se habían devuelto pa su tierra cuando dijeron que ya era seguro y el gobierno los metía en listas de auxilio, les daba ayudas y a cada rato iban a visitarlos. Les aplaudían por haber regresado. Pa mí eso no era justicia completa: de los que se quedaron conmigo en Quibdó no hablaba nadie, a ellos no les ofrecían nada, ni los tenían en cuenta. Los mismos quibdoseños los miraban con desconfianza porque esta Zona Norte donde nosotros vivimos es como otro mundo pa el resto del pueblo. A mí me llegaban de Atrato abajo las noticias de que presidentes y ministros iban a Bellavista, los gobernadores iban a Bellavista, los gringos iban a Bellavista y los noticieros también. Y acá en el 2 de mayo nos la pasábamos sobreviviendo y esperando que se acordaran de nosotros.

La gente mía se fue entregando al trabajo, a rebuscarse pa vivir. A los que llegaron pelaos se les fue poniendo la voz de hombre y las muchachas se jovenciaron. Entre los cuidados de las familias, los vecinos y la Casa Hogar, se fueron criando hasta hacerse grandes. Muchos se iban a trabajar con los papás pa ayudar a la familia. Lo malo era que se salían del colegio, pero el trabajo es cosa digna y cada quién le hace como puede. Otros pelaos se fueron levantando con rabia, una rabia callada que se sentía en su forma de andar, en la mirada... ¡Ay!, mi gente, yo ni sé cómo decirles, pero a esos muchachos los vi aquí, llorando recién llegados, haciéndome conocer el agua salada de los ojos, bañándose después, muertos de risa con los

amigos. Con el tiempo venían no más a tirarme piedras sin meterse al agua, solo mandando el tiro desde la orilla, como apuntándole a toda la gente que los hacía sentir como ánimas invisibles. Si encontraban a otros nadando en las tardes, uno medio se descuidaba y cuando escuchaba era los gritos de los que atizaban la pelea. Se revolcaban a golpes en la orilla, cosa que por donde pasaban no quedaba sino el reguero. Yo me fui llenando de preocupación por esos muchachos, porque familia es familia.

En esos pensamientos andaba yo cuando se empezaron a entregar las casas de cemento. Bonitas, pa qué, pero el problema de la energía seguía sin solución. En la alcaldía no nos paraban bolas, allá mi gente era “Los desplazados” y con eso reemplazaban todos los nombres y metían en el mismo saco roto todos los problemas. Pero como a cada dolor le llega su remedio, un buen día Don Alidor Córdoba Mesa, hijo de una mujer que ya vivía en el 2 de mayo, se montó a la alcaldía a reclamar pa que nos reconocieran como barrio. “No podíamos seguir siendo parte de El Reposo”, dice hoy a quien lo quiera oír, pero lo cierto es que en ese tiempo se hizo a meter cartas, a reorganizar a la gente para que no se rindiera, a pedir ayuda de quien quisiera apoyarlo porque, como él mismo cuenta: “No teníamos energía ni ningún servicio en el 2009. Como desplazados no nos dejaban entrar a Dispac, al igual con el transporte y el carro de la basura”. Ese fue un año de mucho tropel, entrando y saliendo de las oficinas del gobierno, aguantando ese trato tan maluco que le dan a mi gente por allá, pero con la cabeza clara en lo que se quería conseguir.

Don Eliodor se convirtió en el primer presidente del 2 de mayo y se formó un comité impulsor pa sacar adelante las gestiones legales. Después de mucha insistencia y trabajo, el barrio quedó reconocido en el 2010. Pa ese momento ya eran 120 familias y un total de 820 personas. ¡Oiga!, me parecía mentira tener ese poco de gente. Yo me sentía orgulloso, los conocía a toditos y me preciaba de haberles servido porque eran los míos, los que me había entregado el Atrato y por fin teníamos el reconocimiento que nos merecíamos. Pero también comencé a entender un malestar que venía sintiendo hacía rato, un andar lento y difícil de las aguas, una pesadez. Es que tener a un gentío de esos cerca no es poca cosa, cada vez había más tubos de desagüe que venían a vaciarse acá, y como los carros de basura no venían y a mí siempre me han visto alentado, mi gente





↑ Mujeres del barrio El Reposo con sus emprendimientos.

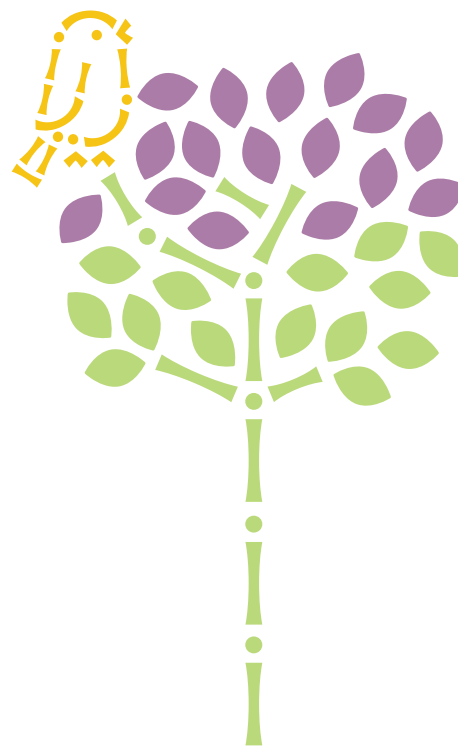
me entregaba toda ese mugre pa que yo lo arrastrara de aquí pa el Atrato y del Atrato al mar. Al principio eran lo que salía de los desagües y una que otra bolsa, ya después si cambiaban de colchón o se rompía una silla, ichamblún!, me tiraban eso a mí. Y yo hacía siempre lo que mejor podía, pero llegaban ratos en los que no llovía y las cosas grandes se iban quedando atascadas porque yo no tenía agua suficiente pa arrastrarlas. Eso sí, con la llegada de los aguaceros se formaba el corrinche serio, aunque no quisiera, la corriente bajaba a los diablazos y acababa yo haciendo daños y llevándome hasta lo que no debía o metiéndome a las casas. Algunos cacharros lograban bajar pero otros se enredaban en las raíces, las palizadas o se anudaban unos con otros y yo me ponía pesado, como haciendo fuerza hasta la próxima creciente.

Pero, mi gente, todo hay que decirlo, con la llegada del carro de la basura cada semana yo sentí un respiro, me sentí balsudo. Daba gusto ver a la gente sacando su bolsa el día que le tocaba. Claro está que no faltaba el que me seguía poniendo trabajo con ese tema, que se impacientaba y antes de que fuera el día de pasar el carro me

lanzaba la bolsa, el pedazo de balde roto o los vidrios de un vaso, pero ya era menos.

A Alidor también hay que darle las gracias porque se puso las pilas con la junta y ya con el barrio reconocido, pidieron que los colectivos y busetas entraran acá porque la lejanía le dificultaba a la gente echar pa el pueblo, pa el centro a trabajar o a hacer cualquier vuelta. Al poquito tiempo se empezaron a oír a todo grito los pregones de los ayudantes de busetas: “¡Huapango, Obrero, Las Brisas!!!” o “¡Huapango, Reposo, Centro!”. La gente se iba subiendo contenta pa su destino o llegaban a sus casas del trabajo, del colegio o con la comida que compraban en el centro y en la plaza de mercado. Algunas familias se veían a gatas pa mandar a los muchachos al colegio en buseta y entonces a muchos les tocaba seguir yendo y viniendo a pie hasta el colegio, en el centro. Alidor, que no paraba quieto y que no más terminaba una cosa cuando ya tenía la cabeza puesta en la otra, animó a la gente pa que pidieran juntos un colegio. Y es que con ese mundo de muchachos que había en el barrio, era imposible que dijeran que no. Aunque la cosa se demoró un buen tiempo, con la ayuda de un gobernante se logró tener el proyecto en donde un tiempo después se construiría la escuela.

**Y así, mi gente, fue como estos terrenos solitarios, esto que solo era tierra bruta y pantanosa, se convirtió en un barrio. En vida nueva pa todos los llegados, los que traían la fuerza del monte, que los tumban y vuelven a crecer, los arrancan y les vuelven a pullar raíces con las que se sostienen otra vez.**







# El peso de los silencios



**Nuestras y nuestros mayores tienen miedo y vergüenza de contar las historias que vivieron. Hablar del sufrimiento para ellas y ellos representa casi volver a atravesarlo, no se sienten capaces de pasar por eso. Los adultos no quieren hablar de sus historias, hacen parte del pasado, ahora estamos aquí, dicen.**

Si ustedes entran al 2 de mayo se quedan con la boca abierta de ver la cantidad de gente que vive acá y todo lo que han conseguido. La cancha, la iglesia, la peluquería, el colegio, la Casa Comunal... Ha sido como hacer todo con las uñas llenas de tierra y yo me hincho de orgullo porque acá el cambio se ve. Los vieran ustedes en las tardes, jugando bingo con la música de fondo y los pelaos revoloteando, jugando escondite, la lleva, fútbol. La gente mía vive contenta, aunque a veces, pa mis adentros, yo siento que es que no les gusta hablar de lo que les ha dolido, lo que todavía les da comezón en el alma.

Como el resto del pueblo mira a mi gente con recelo, ellos se hicieron una vida completa acá. Además, me tienen a mí y a los siete pozos de agua donde hacen la vida desde que llegaron. Esos pozos van naciendo claros y fríos de la tierra y en tiempo de sequía, como acá no llega acueducto, dan abasto pa todo el mundo. Y, vean ve, ha sido cosa bonita como el agua va juntando gente. Los unos llegan a llenar poncheras de agua pa llevar a sus casas y las otras a lavar los platos, y cuando menos se piensa andan de amigos o enamorados. Ella baja por agua para cocinar, y aquella llega a bañarse rapidito pa irse al trabajo. Y el rato se les escurre hablando de los hijos, de los maridos, de la vida, y así no más ya hay dos pa acompañarse los días. El uno baja a cargar agua pa que la partera le cocinara hierba del carpintero a su mujer con dolores de parto y el otro llega porque

← Imagen páginas anteriores: Actividades ambientales realizadas por jóvenes en la quebrada Casimiro del barrio El Reposo.

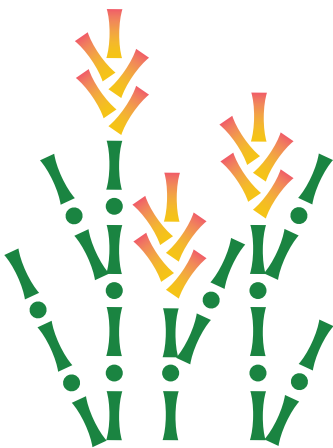
el calor aprieta y quiere refrescarse. Y amigos pa toda la vida, dure mucho o dure poco.

Como les decía, mi gente, los míos prefieren no hablar de lo que duele, pero entre un pozo y el otro van quedando los secretos. A mí me cuentan cosas y de otras me entero solo, porque las trae la brisa, porque desde la tierra se escurren, porque pasan frente a mis ojos. ¡Maunífica!, hay cosas que yo les guardo no más porque son mi familia y se sabe que los quiero, pero me hacen difícil el correr de las aguas. Cuando yo encuentro una ramada o un nudo de basura, recojo gotas de aguacero, me crezco, me desbordo y arrastro todo pa sentirme flojo. Pero con los secretos que me dan a guardar los míos, la cosa es más difícil porque yo no logro hallar el estancamiento, no sé dónde es que siento apretada el agua, no hallo el reburujo que tengo que arrastrar.

Mi gente, yo soy de esta opinión: los míos de tanto atascarse con lo que les duele, se desbordan de mala forma y ahí empieza lo maluco. Yo los tengo a ellos, que últimamente han formado unos grupos pa limpiarme y sacar la porquería, cosa sabrosa, si quieren que les diga la verdad. Me dejan balsudo, suavcito, como descansado. Pero, ¿quién los limpia a ellos de lo que les hace talanquera adentro?

En mis orillas no solo se escuchan las risas de los pelaos y los cantos de las mujeres lavando ropa o la algarabía de la que grita ibingo! Aquí también se escucha el desgarró, el disparo y los pasos de los que corren pa después caer. De eso se habla pasito, detrás de las puertas cerradas. Es que nadie está listo pa hablar de las violencias. Hace más de veinte años, los adultos que llegaron no estuvieron listos, se callaron todo lo que vivieron en Bellavista, no le contaron ese dolor a los hijos, pa qué si nada se podía hacer. Y los hijos crecieron sin saber bien de dónde venían, sin entender por qué el pueblo los miraba raro, sin saber de dónde era que les nacía la rabia silenciosa.

Ellos se fueron metiendo de a poquito. Yo los conocía por lo que contaban las aguas bajas del Atrato que primero me hacían llegar el miedo y después la historia. Cuando sentí los pasos en botas, lo supe. Casimiro, llegaron esas gentes acá, me dije y sentí miedo. Pensé que venían persiguiendo a los míos. Y más o menos era eso. Porque al tiempo se fueron acercando a los pelaos que se quedaban solos, esperando que la mamá trajera el bocado. Les ofrecieron cielo y tierra, les prometieron que nada más les iba a hacer falta: plata,



comida, mujeres. Acá llegaban las charlas en las tardes, cuando venían los muchachos a refrescarse. Contaban lo que les habían prometido, llegaban emocionados con la idea de hacerse respetar en una tierra que los despreciaba tanto. Enamorados de la idea de que la mamá no trabajara más o de que las hermanitas terminaran el colegio mientras ellos trabajaban con esa gente.

**Muchos de los jóvenes que llegan a las bandas han sido víctimas de la violencia, ellos tienen miedo, otros quieren venganza, otros no tienen muchas opciones.**

El tiempo pasó rápido y los que habían subido el Atrato en brazos de la mamá, los que chapoteaban tan sabroso en mis aguas, los que aquí aprendieron a nadar, los que crecieron juntos en la Casa Hogar o se toparon en los pozos comenzaron a enfrentarse, a mirarse con recelo, a veces, con odio. Atrás fueron quedando los días en los que se trepaban a los palos a ver quién alcanzaba la guama más gorda y madura y se sentaban todos juntos a comerse-las y tirar las pepas desnudas en mis aguas. Comenzó a pasar que la música alta de los equipos de sonido no dejaba oír los gritos en las paliaderas de las casas, ni las voces de los que corrían ya boqueando entre los platanales de los patios. Pelaos y muchachas desaparecieron dejando solo el nombre. A otros comencé a recibirlos en mis aguas sin bracear, sin moverse ni respirar. Duro era tener que arrastrarlos a donde su gente no podía dar con ellos. Yo que los había recibido con las aguas tibias y quietas para entretenerlos cuando eran niños, más niños que en ese momento, no podía parar mi corriente pa arrullarlos un rato, pa sostenerlos. Así cayeron y siguen cayendo tantos que cuando me acuerdo me convierto en aguasal. Unos cayeron detrás de las promesas y otros presionados a punta de miedo, obligados por el cañón.

Así fue entrando la violencia, pasitico, como culebra en el monte húmedo. Cuando la tierra se abre pa recibir un muerto, yo me quedo callado, así como los míos. He sido cómplice por obligación, no porque quiera. Hasta yo sé que en estas tierras el silencio ha sido a veces la única manera de seguir vivo.

Así fue como el barrio empezó a crecer con sombra encima. Rapidito comenzaron a meter a la gente mía en cada cosa mala que pasaba en Quibdó, y aunque a veces era cierto que los míos cometían errores, cuando no tenían nada que ver, seguían siendo sospechosos. Porque así es el mundo y todo lo del pobre es robado. Así fue como llegó el momento en que decir “esos desplazados”



y “esos delincuentes” era como decir lo mismo, como si cargar la marca de víctima fuera culpa de uno.

Vi a las mujeres llorar bajito mientras restregaban una camisa ensangrentada, como lavando la pena con el jabón. Vi a los pelaos quedarse solos en la orilla, sin entender por qué no volvía su papá. Y sentí la rabia crecer en mi corriente, porque la injusticia es agua amarga.

A mí me fue cayendo una maluquera y me fui enfermado con ellos. En los tiempos de más miedo ya ni el carro de las basuras quería entrar y además de cargarme con el pesar, me llenaban de basura y el agua se me ponía pesada. Yo sentía una agonía tan fea, vean ve. Vivía arrastrándome en vez de correr. Primero fue la pesadez y después se me fueron formando unos tacos de basura en varias partes del cauce. Con el tiempo se me formaron varios parches de aguas quietas que no se movían pa ninguna parte, ahí se criaban unos zancuderos que hervían y se le comían el pellejo al que se acercara. Nadie pensaba en este Casimiro pa echarse un chapuzón como antes, cuando mucho después de días de aguacero que me dejaban medio limpio bajaba alguna a lavar tres trapos. Ay, mi gente, qué días tan tristes, les digo. Debió ser eso unido a lo que ya les he dicho lo que empezó a darme olor. Un olor fétido. Es que yo sentía que ya me moría y las cosas muertas son hediondas.



A veces, entre esa gente se hacían treguas. Y el carro de la basura volvía. Por esos tiempos el agua turbia se me aclaraba de lo más bonita y el olor mermaba. Pero yo me sentía mal porque no se quitaba del todo. Si pasaban tres días sin llover, la hediondez volvía y ya la gente me miraba con ese mismo recelo que Quibdó les daba a ellos. ¡Oiga!, yo que lo había dado todo por mi familia. Me fui llenando de amargura, mi gente, ya ni el canto de las mariamulatas en vuelo me daba alegría. Y, vean ve, ahí sí fue verdad que la fetidez se regó por todas las casas, las que estaban cerca de la orilla y las de más allá. Los días de lloviznas suaves hicieron que yo creciera sin desbordarme como me había pasado varias veces. Parecía un río ya, una calentura durísima. Por esos días fui Casimiro, quebrada vieja que guarda hasta que ya no aguanta más. Una mañana la llovizna se volvió aguacero y me fui revolviendo todo. Se me juntaron los primeros recuerdos de los venidos de Atrato abajo tan estrujados por la guerra, la alegría de los niños en mis aguas, las primeras casas y la vida que se fue haciendo, las basuras,

los cuerpos enteros, los cuerpos en pedazos, los cuerpos que le mandé al Atrato y hasta hoy nadie sabe, el silencio, las cañerías, el desprecio de mi gente, su abandono. Todo eso me pasaba por la mente al mismo tiempo y con las aguas crecidas me fui montando a las casas, arrastrando paliaderas, sembrados, azoteas, tanques de plástico... yo los oía gritando “¡Se metió Casimiro!, ¡Se metió Casimiro!” Y aunque no quería perjudicarlos, la fuerza que llevaba acumulada era tanta, mi gente, que no podía parar. Deshice varias represas y basurales que se habían formado con los años. Mientras los arrastraba sentía la vergüenza adelantada por mandarle todo al Atrato, al río padre. Pero ni por eso podía parar. Cuando logré quitarme toda esa cochineza, comencé a bajar las aguas.

Yo me sentí aliviado, pa qué les voy a negar. Pero me dio pesar de ver las casas con los puntales flojos, sin sembrados ni azoteas después de mi creciente. Mis orillas siempre llenas de matas de llantén, quedaron peladas. La gente lloraba por los tanques y las cercas que yo había arrastrado, por los sembrados de achín que había desenterrado, por el miedo a los rugidos que yo había estado soltando y después me di cuenta de que también lloraba por el horror, porque en las orillas quedó el cuerpo de uno que me habían dado a esconder, me lo habían entregado unos días antes pero lo tenía enramado en un basural. Yo que juraba, como que me llamo Casimiro, que nunca iba a destapar esos secretos, saqué todo a la luz de mala forma y ya no podía hacer nada.

Hasta hoy me arrepiento de eso. Creo que es lo más feo que he hecho porque lo hice de pura rabia. Sentí que se habían olvidado de mí y que ya no me querían en su familia. Y desde que ellos llegaron yo no me imagino andar corriendo solo hasta el Atrato, sin nadie que venga ni le importe la suerte mía. Yo que siempre había andado con el cielo y la brisa, me apegué a mi gente y entendí que uno solo es cosa triste. Cuando uno se arrepiente de corazón el otro se da cuenta. No sé si fue por eso o porque me vieron tan berraco primero y después bien bonito, con las aguas claras, que empezaron a volver. Desde ese entonces hemos estado sostenidos, con momentos buenos y otros malucos, pero vamos juntos. Si ustedes vieran cómo me cuidan a ratos, cuando me ven decaído. Hay unos pelaos que llegaron chiquitos y otros que nacieron aquí que vienen, me limpian, me ponen bien bonito y le dicen a la gente que me cuide. Ah, eso sí es sabroso que lo cuiden a uno. El que cuida es porque quiere y por eso, aunque ellos no me lo digan, yo sé eso, que ellos me quieren.





↑ Niñas, niños y jóvenes en uno de los recorridos de la expedición biocultural por la quebrada Casimiro.

Mi gente, yo no quiero que ustedes piensen que aquí todo se volvió dolor. Porque al tiempo que se lloraba, también sacaban las cosas adelante. Mientras unos cargaban armas, otros cargaban ladrillos pa levantar más casas, la escuela, la iglesia. Mientras la violencia quería sembrar miedo, la comunidad sembraba vida: cuidaba a los pelaos, montaba la olla comunitaria, buscaba trabajo honesto. Aquí tenemos problemas, como en cualquier parte, pero gente más berraca que la mía no encuentran ustedes en otro lado.

**Quédense, no más, mi gente, que después de este desahogo yo les sigo contando cómo es que hemos hecho pa llegar hasta aquí con todo y dificultad. Porque si yo me quedo callado, ¿quién va a contar lo que pasa en estas orillas?**

# Donde la vida se sostiene



**Si nosotros vivimos la violencia en el campo y nos desplazamos por esas situaciones, y seguimos viviendo la violencia, toca contar esas situaciones, revisar qué se está haciendo mal, ¿por qué ocurre esto?**

**El día que pensé que era el fin de mi familia, cuando personas pertenecientes a grupos armados nos despojaron de nuestras tierras, supe que antes era feliz.**

Bueno, pa los que no son entendidos en el tema, sepan que hace veinte años, la gente que hoy es mi familia vivía en la tierra de ellos, la tierra donde nacieron y dejaron su ombligo ellos y sus ancestros, en Bellavista, en las orillas del Medio Atrato. Y como a todo lugar a donde no llegaba la ley del Estado, llegó la ley de los violentos, y cuando el Estado quiso hacer presencia era tarde. Resultó que el 2 de mayo de 2002 los ilegales y el ejército estaban alzados en un combate horrible en pleno pueblo y la que vino a ser mi gente estaba asustada de ver que la plomacera era tan larga y que cada vez iba arreciando. “¿Qué es una casa de madera contra las balas de fusil?” Eso se preguntaban todos cuando, en una escampada del aguacero de balas decidieron meterse en la iglesia, que sí era de cemento, pensando que ahí se podían proteger mejor porque, además, hasta los bandidos respetan las cosas de Dios. O eso creían ellos. Ahí estaban juntos en el miedo y en la fe de que todo se iba a acabar en cualquier momento. Después de un rato de calma y silencio, las más de cien personas que estaban ahí adentro vieron cómo el día se hizo noche cuando los armados lanzaron una pipeta contra la iglesia, eso explotó y mató a familias enteras, mutiló a otras y dejó un

recuerdo amargo para todos desde ese día. Eso fue lo que el Atrato me anticipó días antes de que ellos aparecieran por primera vez en mis orillas. Yo recibí a los hijos sin padres, a los padres sin hijos, a la gente herida por fuera y por dentro. Desde entonces son mi gente, mi familia, vean ve. Ya deben estar cansados de que se los repita, pero yo nunca había tenido una familia y eso suena bien bonito.

Cuando ellos llegaron se veían tristes, y cómo no después de lo que habían pasado, pero rápido mostraron la fuerza que tenían y esas ganas de no quedarse en el llanto nada más. A mí eso me sorprendió, si quieren oír la verdad. Después de que le vieron la cara a la muerte en la iglesia de Bellavista, yo creí que habían perdido la fe pero estaba equivocado. A cada rato daban gracias a Dios por haberse salvado y le pedían que tuviera en su diestra las ánimas de sus muertos.

### **La iglesia del 2 de mayo**

La iglesia fue de los primeros lugares que se levantó con empeño. No era muy grande, ni con lujos, pero tenía lo suficiente pa que la gente se sintiera en calma cuando entraba. A veces yo escuchaba desde afuera los cantos y las oraciones. Ahí mi gente pedía fuerza pa seguir, pedía por los que no habían vuelto, por los que se habían ido al monte y no regresaron, por los que se quedaron en el camino y pedían cada día por algunos que yo había arrastrado en silencio y que nunca iban a volver. La iglesia del 2 de mayo no ha sido tocada por la violencia, hasta los que escogieron la vida de armas han respetado la iglesia en sus enfrentamientos, por muy duros que sean. La gente ahí se siente segura cuando reza, cuando pide, cuando bautiza a sus hijos o despide a sus muertos. A mí me gusta cuando los que entran como amigos salen siendo compadres y comadres después de los bautizos porque ya nunca más se vuelven a llamar por sus nombres, sino que se saludan “adiós comadre, quiubo compadre” para siempre. En medio de tanta cosa maluca que a mi gente la ha tocado, en esta iglesia encuentran alivio, una esperanza porque Dios no desampara al que cría, es lo que creemos por aquí.

### **La Casa Comunal**

Cuando ustedes entren al barrio, una de las primeras cosas que se van a topar es la Casa Comunal. Al principio era una escuela que se había levantado en madera. Muchos pelaos estudiaron ahí. Fue la escuela de Andrés, y les pido que me tengan ese nombre por ahí porque a ese muchacho yo le he sabido coger cariño y después les cuento por qué. La cosa es que la casona donde funcionaba la escuela la derribaron para hacer una escuela de cemento. Para ese

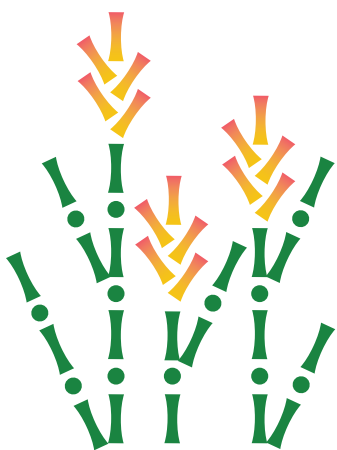
trabajo la plata vino de la Embajada de Japón y la fundación de Shakira, la cantante. Es que hay gente que no sabe qué hacer con la plata y otros que ven el modo de ayudar al que lo necesita. La cosa es que esa escuela por un tiempo quedó abandonada y la gente la empezó a ocupar pa hacer reuniones y hasta fiestas. Entonces, apareció Chombito, un líder del barrio que gestionó para que la antigua escuela se convirtiera en Casa Comunal, y así fue.

La gente empezó a usar la Casa Comunal pa hacer las reuniones de la junta, eventos pa los pelaos y celebraciones pa la comunidad. Ustedes vieran cómo se ponía eso un Día de la Madre, cosa bonita. La Casa Comunal también ha servido pa ponerse de acuerdo en cosas importantes del barrio o cuando se forma algún bororó y hay que aclarar las cosas pa que no pasen a mayores.

Yo no sé qué sería del barrio sin la Casa Comunal porque ahí mi gente también vela a sus muertos, porque acá son pocos los que tienen plata pa una sala de velación, aunque tampoco la necesitan. Cuando alguien muere y se vela ahí, la gente monta una olla comunitaria y todos comen mientras van acompañando a la familia y recordando las historias del finado, rezándole, cantándole alabaos.

Hasta acá me llega la algarabía cuando están planeando alguna actividad. Cuando se organizan pa montar los campeonatos que se juegan en la cancha. A veces se forma una arrechera porque unos quieren una cosa y otros quieren otra y eso es una tuya y una mía hasta que se ponen de acuerdo.

En la Casa Comunal también se hacen fiestas. ¡Ay, las fiestas! Acá había varios grupos de baile que competían y ensayaban en ella. Las más recordadas son las muchachas del grupo Pasión que siempre ganaban las competencias, aunque los contrincantes se esforzaran. Esas eran la sensación y la gente no se cansaba de verlas bailar. Pero, si quieren que les diga la verdad, a mí lo que más me gusta es cuando traen chirimía o revientan esos vallenatos que se escuchaban abajo en el Atrato y hacen que mi gente se sienta allá de nuevo. La cosa es que entonces aparece el trago y no falta la pelea y el alboroto. Durante una época, de tanta fiesta que se hacía en ella, la Casa Comunal acabó convertida en cantina y los únicos que la visitaban eran los fiesteros. Pero Chombito salió al paso, habló con la gente y les recordó que ese espacio era para otras cosas. Así fue como la





↑ Mujeres reunidas en la Casa Comunal del barrio El Reposo - 2 de mayo.

recuperaron y hasta el sol de hoy sigue siendo el lugar donde pasan las cosas más importantes de este pedazo de tierra.

Fue en la Casa Comunal donde se reunieron la gente de “La ruta de los cuidados” con los líderes del barrio. Pa ese momento yo no sabía qué significaba eso, pero me sonaba bonito. La cosa fue que vino una señora llamada Ana María Arango, una profesora de la universidad que estaba trabajando con pelaos del barrio, preocupados todos por las muertes y la violencia que se venía aposentando acá, decidieron que había que hacer algo, despertarle el espíritu al barrio pa sacar adelante las cosas que importan, cuidarse juntos, hablar de los dolores y los problemas pa bajar tanta violencia que ya estaba en todas partes. Esos muchachos, bien inquietos, fueron jalando a otros y se ha formado una minga bien bonita que se inventa formas de mantener a la gente unida y pa todo eso la Casa Comunal es el lugar de reunión. Un espacio pa todos los míos.

**Institución  
Educativa Isaac  
Rodríguez  
Martínez**

Quiero hablarles de la escuela que tenemos nosotros en el barrio, porque vean, eso sí ha sido cosa de mucha ilusión y trabajo, como otra quebrada que se junta conmigo pa darle fuerza al barrio. Esa escuela, que hoy se llama Institución Educativa Isaac Rodríguez Martínez, no siempre fue como ustedes la ven ahora, grande y con sus sedes; al principio fue apenas un sueño que teníamos acá de ver que los muchachos eran tantos y les tocaba estudiar de mala manera en la escuelita que había o llegar hasta el centro de Quibdó pa estudiar en escuelas más o menos buenas.

Recuerden, pues, que les había comentado que Alidor, un líder del barrio comenzó las gestiones pa tener una escuela propia pa los pelaos de acá y alcanzó a lograr que un gobernante comprara el terreno. Pues bueno, ese señor que compró el lote pa nosotros fue Patrocinio Sánchez, cuando fue gobernador por primera vez. El lote se compró y quedó ahí por mucho tiempo, sin más oficio que echar piñas y otras frutas. Yo me acuerdo clarito cuando todo eso era un piñal. Bonais, otro de los líderes del barrio, siempre se ríe cuando lo cuenta: “Allí jugábamos y nos trepábamos en los palos. Una piñisa cogía, maunífica, creo, eso era vida”. Y tenía razón, porque antes de levantarse la escuela, ese terreno solo daba pa juegos y risas de pelaos.

Años pasaron mientras el terreno seguía ahí, dando frutos y dándole ilusión a mi familia que cada vez que pasaba a pie, en moto o en buseta, metía el ojo pa allá y suspiraba porque sabía que algún día lograría tener una escuela grandota y bien bonita pa los pelaos.

Al principio, allá en el 2013, fue una armazón en madera, sencilla, pero bastante nos servía. Después se trasladó a El Reposo 2 y ahí la cosa fue tomando fuerza porque llegó la ayuda de la Fundación Pies Descalzos, la de Shakira. Con esa plata, la escuela se arregló bastante y los estudiantes estaban mejor acomodados en sus salones.

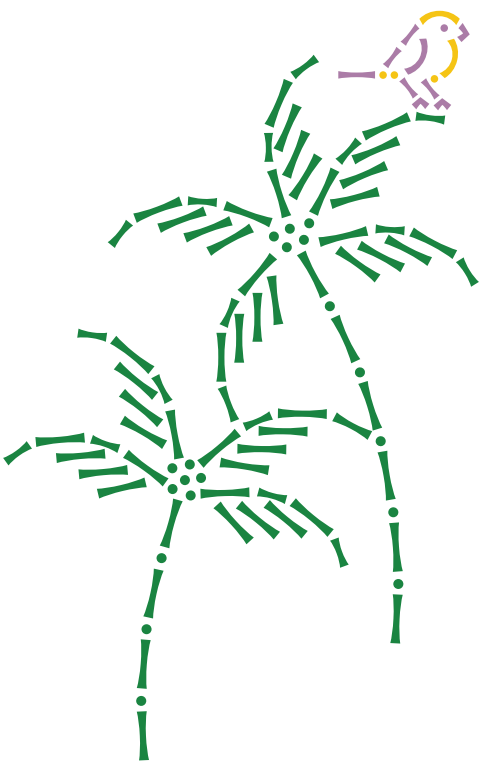
La cosa es que ya en el 2016 empezaron las obras de la sede principal y eso fue demorado, porque el colegio, imaunífica!, es grande de verdad, eso no se hacía en un ratico. Cuando se puso a funcionar, a la inauguración llegó una gentisa del pueblo, del barrio, del gobierno. Yo sólo oí los comentarios porque, como quebrada soy, no alcanzo a estar en todo lado, pero después con el aguacero, el agua filtra, ustedes saben, y el chisme me llegó completo. Supe que los salones eran grandes y con techo alto, que hicieron una cancha buena y balcones, y que había espacio suficiente pa todos los muchachos del barrio.

Pa ese entonces, el rector Chen, un tipo que se ha comprometido con mi gente así mismo como yo, no cabía de la dicha con la sede nueva. Pero no se conformó con eso y empezó a buscar recursos pa abrir otras más pequeñas porque él, al igual que yo, sabía que este barrio y los barrios vecinos iban a seguir creciendo y cada vez iban a llegar más muchachos pa estudiar. Así fue como se fueron haciendo las sedes que hoy tenemos en El Reposo, Buenos Aires, Monserrate y Mis Esfuerzos. Hoy el colegio atiende a más o menos a 1357 estudiantes, casi todos pelaos de estas orillas, aunque también llegan de barrios vecinos como Las Brisas.

Pero lo que más me gusta de contarles toda esta historia es que sepan que esta no es solo una escuela de pupitres y tableros, no. Aquí han montado proyectos que buscan la paz, que enseñan y comparten la música, el arte, el baile y hasta la tecnología. Yo oía a los muchachos hablando de los computadores y las cosas que podían hacer con ellos. Yo de eso no entiendo, pero ellos estaban entusiasmados con esos aparatos y allá se metían horas a aprender sus cosas.

En el 2021, se arrancó con la construcción de nuevos salones, hicieron biblioteca, comedor y oficinas. Es que con la experiencia la gente aprende a hacer sus proyectos y meterlos con esas fundaciones que dan recursos, así fue como consiguieron pa la ampliación. También se habló con una Fundación que se llama El Origen, esa trajo unas tabletas pa los muchachos, que son como un computador, pero más pequeño. A los maestros les enseñaron a hacer clases con esos aparatos, educación digital le dicen ellos. Yo no entendía pa qué tanta cosa si los muchachos iban a su colegio todos los días y nada es como el maestro estar pendiente. Pero mientras más uno vive, más ve, porque de un momento a otro llegó la pandemia del covid-19 y esa forma de trabajar le sirvió mucho a los maestros y a los muchachos. Aunque la tristeza del encierro era dura para todos, pa mí también, así sintieron que estaban con sus amigos porque hasta hablaban con ellos por ahí por las tabletas.

Con la llegada de la escuela se vio el cambio en los muchachos, aprendieron sus letras y números, sí, pero también aprendieron a ser gente, a ayudarles a los otros y a cuidarse entre ellos. La escuela ha sido importante porque nota uno que los muchachos se sienten orgullosos de lo que tienen. Como venían acostumbrados a que los despreciaran en el pueblo, ahora sacan pecho porque ustedes no consiguen fácil otra escuela así por estas tierras, con sus espacios grandes, sus proyectos y el cariño de las familias.





↑ Actividad pedagógica con niñas y niños del barrio El Reposo.

Aunque hay muchachos a los que la escuela no ha podido salvar de la violencia o de la muerte, yo sé que si no la tuviéramos el cuento sería peor. La escuela los protege porque todos nosotros protegemos la escuela. Acá cualquier vecino lleva a un pelao pa que estudie o le ayuda con una tarea si sabe. Si ellos se salen los vuelven a recibir con las puertas abiertas hasta que terminan su bachillerato. Y aunque acá la plata no es cosa que abunde, muchos hacen el esfuerzo de meter a sus hijos a la universidad pa que sean profesionales, y nos ayuden a seguir mejorando esto. La escuela ha traído la esperanza de que vamos a sacar el barrio adelante.

### Las canchas de El Reposo y 2 de mayo

Hace un tiempo los muchachos venían a bañarse en mis aguas después de los partidos de fútbol que jugaban en las canchas. Porque así como lo oyen, son dos las que tenemos por acá. Primero fue la de El Reposo 2, que era puro polvo y barro cuando llovía. Entonces la gente preocupada por darle a los pelaos un espacio mejor, se puso las pilas pa buscar ayudas y la encontró en la Cruz Roja Internacional, así fue como se logró hacerla en cemento y quedó bien bonita. Ahí muchos pelaos encontraron su refugio. A mí me gusta cuando juegan porque pa ellos el fútbol no es solo fútbol: es grito, es abrazo, es escape de



↑ Niñas, niños y jóvenes líderes de “La ruta de los cuidados” en una cancha del barrio El Reposo, durante uno de los recorridos de la expedición biocultural.

tantas cosas tristes que a veces les pasan. En la cancha no sienten miedo, ni hambre ni angustia de lo que pueda pasar al otro día. En la cancha apenas existen los amigos, o los rivales de partido que después salen juntos a tomar agua en la misma cocina. Cuando hay partido se desgañitan y yo los escucho en la gritería: “¡Ahí no hubo gol!”, o “¡Falta, falta!” o “Gooooool, golazooo”. Y yo, desde mis aguas, me bato contento, sabiendo que el calor me los trae acá después del juego.

Yo no les voy a mentir, vean ve, cuando me enteré de que estaban haciendo la cancha pa los muchachos me dieron celos. Yo pensé que teniendo dónde jugar balón ya no iban a volver pa acá, conmigo, y por unos días anduve revuelto, pensando que se iban a olvidar de mí. Pero después de un tiempo me di cuenta de que yo seguía estando en la vida de ellos, porque después de los partidos entre sectores que se montaban en los torneos, los pelaos venían a mis aguas. Lo mismo empezó a pasar cuando se pasaban las tardes ensayando coreografías de baile o después de jugar la lleva en la cancha de El Reposo 2. La cosa es que apenas terminaban el juego venían a bañarse en mis aguas. Por ellos me enteraba también de que a veces la cancha se convertía en un *ring* de boxeo

donde se caían a golpe limpio o pasaban cosas peores de las que yo no quiero hablar pa mantener las aguas quietas.

Bueno, ahora les cuento de la cancha de nosotros, la del 2 de mayo. Vean, cuando entregaron las casas nuevas, quedó un terreno vacío con la ilusión de hacer ahí un parque más adelante porque la plata solo alcanzó pa las casas. Ahí se trepaba el monte y la gente hasta tiraba basura porque era un terreno sin gracia, como idea sin terminar. Con el tiempo los muchachos, con la sangre caliente y el sueño grande, dijeron que lo que hacía falta era una cancha, que eso era lo que ellos querían. No fue cuento, mi gente, sino que comenzaron a moverse, a desyerbar eso y recoger las basuras, a convidar a la gente pa que colaborara y así de mano en mano la cancha tomó forma y se volvió un orgullo pa el barrio.

Por mucho tiempo, la cancha quedó rodeada de lotes que se volvieron a llenar de basura. Yo mismo me sentía cargado cada vez que el viento traía los olores y me daba cuenta de que los pelaos jugaban rodeados de mugre. Pero en el 2022 fue como que la vida se acordó de ese pendiente y llegó un proyecto con la ayuda de USAID y ACIDI/VOCA. Se logró pintar la cancha, el suelo se limpió y al lugar le empezó a cambiar la cara. La gente siempre que pasan estas cosas se siente importante, sienten que son capaces de todo y yo los oigo hablar orgullosos y me da orgullo también.

Lo malo de tener que mantenerme en cauce es que hay cosas que quisiera ver con mis propios ojos de agua y no puedo porque no paso cerquita del lugar. Así me pasa con los murales de la cancha del 2 de mayo. Son unas pinturas bien bonitas que mis muchachos hicieron en las paredes que rodean la cancha. Esas paredes durante mucho tiempo eran usadas por esa otra gente pa marcar territorio, ponían los nombres de sus grupos y a mi gente le daba miedo, pero con el arreglo de la cancha los míos pintaron cosas bonitas, llenaron las paredes de colores y pintaron a su gusto. La empresa Pintuco puso los materiales y hasta acá me llegaba el olor de la pintura y la bulla de las risas de ellos cuando estaban pintando. Yo me preguntaba qué era lo que pasaba que andaban tan contentos, pero cuando bajaron algunos a lavarse, ahí fue que me di cuenta. En las paredes, en vez de rayas de miedo, ellos habían pintado las esperanzas que tenían de que el barrio viviera en paz. Yo les decía con la fuerza de mis aguas “¡Así es que se hace, carajo!, esta casa es de ustedes”. En la cancha y en la vida, el que no hace los goles los ve hacer. Si uno no defiende lo propio viene otro y se lo adueña.



## La tienda de El Reposo 2

Frente a la cancha de El Reposo 2 está la tienda. Ese lugar, vea, no es solo pa comprar el arroz o el aceite. La importancia de la tienda está en que resuelve lo urgente cuando la plata no alcanza. Ya ustedes saben cómo es aquí: muchas familias se rebuscan día a día y a veces no da cómo completar la comida. Entonces la tienda se vuelve refugio, porque lo que no se puede pagar hoy, se fía con la esperanza de pagarlo mañana. Es un negocio, pero también es más que eso porque ahí siempre le han servido a la gente, aunque no haya plata en el momento.

La tienda de El Reposo 2 es vieja, más vieja que la del 2 de mayo, y siempre ha sido sostén del barrio. Allá los muchachos van llegando por las tardes a conversar, a ver los partidos de fútbol o a tomarse algo después de jugar. La primera dueña fue doña Lulú, que trabajaba en ella con su marido. Con el tiempo, aceptaba que los muchachitos le fueran disque a ayudar a limpiar y vender. Aunque se les iban las manos con los dulces y ella se daba cuenta, se hacía la boba pa que los muchachos tuvieran en qué gastar el tiempo. Le gustaba tenerlos por ahí rondando, haciendo bulla, jugando. Creo que se hacía la desentendida pa cuidar esos hijos ajenos, así como lo hacían todas las mujeres de acá.

**“En el contexto en el que vivimos a pesar de los estigmas que existen y que muchos de ellos corresponden a la realidad, hay que reconocer que también hay personas buenas...”**

Aunque Lulú ya no está y hoy la tienda la maneja Leo, la costumbre es la misma, vean ve: servirle a la gente, sostener los fiados y dejar que todos se reúnan ahí por las tardes a hacer bulla, a conversar, a reírse a la sombra, mientras los más pequeños corretean como hormigas. Yo desde mi cauce los oigo y me da gusto porque sé que ahí la comida pa el cuerpo es fiada y la comida pa el alma es regalada.

## La peluquería del 2 de mayo

La historia de la peluquería del 2 de mayo es otra que no quiero dejar pasar. Mi gente es pinchada, vean ve, les gusta andar bonitos y orgullosos. Por eso yo digo que pa ellos tener dónde engalanarse es cosa de importancia. Vean, donde hoy está la peluquería hubo primero una tienda, el dueño era un paisa que sudaba trabajando duro y surtía al barrio con sus cositas. Pero cuando la violencia entró, él no logró sostenerse y abandonó eso. El local se volvió un cucho de vicio y tristeza.

Con el tiempo, llegaron los Black Boys, un grupo de pelaos que bailaban y les gustaba la música. Eso se volvió una calentura, todo el



↑ Murales hechos por los jóvenes del barrio El Reposo - 2 de mayo.

día salía música de los bafles y ellos ensayaban sus bailes. Yo sí tuve el gusto de verlos bailar desde sus inicios porque eso por donde iban era haciendo los pasos de baile y el cuerpito les daba pa allá y pa acá con sabrosura, les digo. La gente los quería y estaba contenta de que se hubieran metido en ese local a hacer cosa de servicio. Cuando ellos se fueron del lugar por cosas que acá no voy a contar, la comunidad convirtió ese espacio en casa comunal pa que le sirviera a todos. Pero ustedes saben que la gente se cansa, se ocupa en sus propias cosas y con el tiempo el sitio quedó en abandono otra vez.

Más adelante, la Cruz Roja se metió a apoyar y le dio una manito al espacio, lo pintó, lo arregló, lo dejó bonito. La gente retomó un rato pero cuando la Cruz Roja se retiró la cosa anduvo decaída de nuevo y el silencio volvió a tragarse el lugar.

Fue entonces cuando apareció la señora Niza Uribe, ella hace trabajo social y vive inventando cosas pa hacer la paz entre los muchachos. Acá la respetan mucho porque es resuelta y valiente. Cuando esa mujer vio que los esfuerzos por componer ese local se

iban a perder movió a la gente, hizo reuniones y como todos estuvieron de acuerdo en salvar ese espacio, se reunieron materiales y se le echó otro empujón a la cosa. La idea de convertir ese lugar en peluquería fue muy buena. Como les he dicho, mi gente es pinchadísima y el pelo crece todos los días, es un buen negocio pero, lo más importante, es una buena forma de la gente pasar el rato. Porque hasta los que no van a motilarse ni a hacerse peinados se meten allá a charlar sabroso. A mí me gusta cuando llegan acá con sus estilos de corte, unos se hacen rayitas o dibujos, otros se dejan el pelo alto arriba de la cabeza y pelado a los lados, los hay que se pintan de colores o se hacen trenzas, ¡una sola arrechera!, mi gente. Ustedes tienen que verlos.

### Los Black Boys, un lugar que está en muchas partes

Yo me acuerdo clarito cuando aparecieron los Black Boys, por allá en el 2014. Eran siete muchachos con el profe Bonais al frente, que no querían dejarse tragar por la violencia que ya arreciaba, ni por el aburrimiento del barrio. Comenzaron bailando pa entretenerse y matar el tiempo y le fueron poniendo juicio a eso. Todo el que quisiera meterse al grupo solo tenía que ir juicioso a los ensayos. Eso se fue llenando de pelaos que hacían presentaciones en la cancha, en el colegio, en las celebraciones del barrio. Cualquier cosa era una excusa pa ellos bailar y sacudir los cuerpos como si se fueran a partir. La gente los aplaudía y se contagiaba de la arrechera de esos muchachos.

↓ Ensayo de “Black Boys”,  
grupo de baile del barrio  
El Reposo.

Comenzaron a llegar pelados con unos estilos de pelo y ropa que nadie había visto. Llamaban la atención por su forma de andar y muchos los miraban con desconfianza o se burlaban de ellos.



Ustedes saben, cosas de la gente cuando no entiende al otro. Muchos de ellos eran varones a los que les gustaba otros varones o muchachas que tenían novia y con eso la gente tenía pa gritarles cosas y burlarse. Pero en los Black Boys cabía el que quisiera estar, solo tenía que poner el espíritu a moverse y la mente también, porque ahí también se cocinaban proyectos pa cuidar a la gente, se hablaba de los problemas y se buscaban soluciones. Más de uno se salió de la violencia pa quedarse con el baile o bailaba la misma música al lado del que había sido su enemigo.

Ese revoltijo de gente de todos los colores y los pensamientos hacía que en el barrio a veces los miraran dos veces, pero era un momentico no más. La bola de muchachos fue creciendo y creciendo, hoy se cuentan más de cuatrocientos. Es que acá en el barrio, los pelaos nacen con música, comen con música, duermen con música, una sola calentura, vean ve. Es normal que les guste moverse con ritmo desde chiquitos, porque el ritmo está en todas partes, hasta en mis aguas que bajan y van chocando con las piedras. Así que Black Boys se organizó. Entendieron que ya no solo se trataba de bailar juntos sino que tenían un poder en la mano. Era más fácil que llegaran a tiempo a los ensayos que a la escuela, hacían más caso en Black Boys que en sus casas. Si hacían las cosas bien, los pelaos podían convertir el barrio en un lugar más sabroso pa vivir. Por eso se registraron legalmente y formaron su junta. Luis es el vicepresidente y uno de los más arrechos pa buscar plata y oportunidades pa sus muchachos. Él dice que si el barrio se organiza puede ser lo que quiera ser.

Después del tiempo que pasaron en lo que ahora es la peluquería, lograron quedarse con una de las casas más antiguas del barrio, pegadita a la cancha. Eso se dio porque un señor extranjero, Beto Pérez Zumba, donó el sitio, y luego con la gente de USAID y ACDI/VOCA lo acomodaron bonito pa que sirviera como centro comunitario. Desde ahí se han inventado de todo: grupos de investigación, chirimías, escuelas de danza, talleres de comunicación. Esa casa se volvió como un corazón que bombea vida pa todo el barrio y pa barrios vecinos. A donde usted se mueve encuentra un Black Boy, en todas las calles, a veces hay más de uno en la misma casa. Black Boys es un grupo, también es un lugar, pero es un lugar que está en todas partes, en todos los cuerpos de los muchachos bailando y en la cabeza de la gente que recuerda cómo le han dado otra mirada al barrio.

Todos esos lugares que les he mencionado son como quebradas más pequeñas que me alimentan. Son como brazos de río que me cargan de fuerza porque sosteniendo a los míos me vuelven más brioso, por eso hablo de ellos y los guardo en mi memoria. Cuando los pelaos se ríen en la cancha, yo siento que el agua se me vuelve más ligera y joven. Cuando en la iglesia se levantan esos cantos, yo me emociono y me parece que hasta el aguacero cae más bonito. Cuando en la Casa Comunal se habla duro pa defender lo de todos, yo entiendo que mi familia está viva y que no se va a dejar morir. Que aunque algunos vienen con su violencia, los míos no se la ponen fácil, por más miedo que tengan.







# Casimirito, hijo enfermo de mis aguas



**Hemos destruido la quebrada Casimiro  
y queremos pedirle perdón, rescatarla.**

Pues ahora les quiero hablar de Casimirito, un pedacito mío que nació del trabajo de los habitantes del barrio. Es un hijo que me dio mi propia gente. Ellos lo hicieron a punta de pala y sudor. Ya les conté que el dolor y la rabia me han desbordado varias veces. Casi siempre sin querer, más bien por la congoja. La cosa fue que mi familia, la que el Atrato me entregó, se cansó de que yo me les trepara a la casa cuando crecía y en lugar de dejar de tirarme suciedades se les metió la idea de hacerme una quebradita por un costado, pa que yo pudiera escurrir por ahí. Al principio me sentí raro con el agua que se me desviaba, porque yo bajaba y bajaba y de un momento a otro sentía que la fuerza se me iba.

Aunque no era de mucho caudal, Casimirito, como mi gente lo llamó, bajaba su poquito de agua y yo comencé a correr más seco.

Casimirito fue frágil desde el principio, un hijo que nació enfermo y sin fuerzas pa defenderse, pero uno lo quiere de todos modos. Al principio los niños fueron los que más cariño le tuvieron. Lo recorrían con las piernas zancas como los chilacos que viven picoteando ranas en mis orillas. Lo miraban con ojos de juego, se tiraban a chapucear en sus aguas, corrían divertidos y le

← Imagen páginas anteriores: Jóvenes del barrio El Reposo en una presentación de baile.

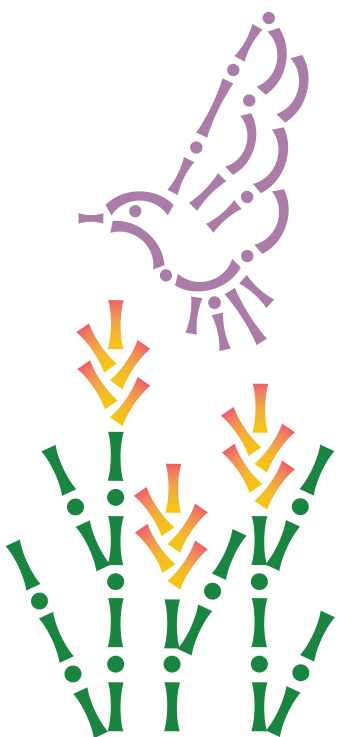
ponían risas encima de la corriente, casi siempre mansa. Muchos daban sus primeras brazadas en Casimirito y cuando ya se envalentonaban venían a mis aguas confiados. Débil y todo mi hijo les dio alegría a los que estaban abriendo los ojos al mundo, como él. Y yo me empecé a sentir orgulloso, pa qué les voy a negar, porque al igual que yo, mi hijo se quedó en los primeros recuerdos de agua de muchos que hoy ya son adultos y otros que ya no están.

Como mi Casimirito fue hecho a mano y con poca profundidad, con el tiempo se fue atascando con la basura que se amontonaba. Eso me dolía, porque mi hijo se estaba ahogando en el mismo abandono que pesa sobre mí y sobre los míos. Éramos dos con ese olor a tristeza. Nos fuimos convirtiendo en la llaga del barrio, una de esas que no cicatrizan.

Es difícil ser quebrada porque aunque uno puede entender a todo el mundo, son pocos los que entienden a uno. Yo trataba de decirle a mi familia que las cosas estaban así malucas por ellos mismos, por el trato que nos daban. Aunque los niños seguían con sus juegos, los enfermábamos sin querer, el cuerpo se les descomponía después de bañarse en las aguas de mi hijo o las mías, llegaban los brotes en la piel, los vómitos y la fiebre. A los niños les prohibían venir a vernos y nos llamaban cochinos. Pero mientras más sucios nos veían, más basura nos tiraban. Y yo me preguntaba, *iCaramba!, ¿cómo así que los adultos no ven lo que los pelaos sí alcanzan a sentir?* Porque eran los más pelaitos los que nos daban cariño y nos reconocían vivos. Hubo tiempos en los que yo quería morirme de una vez, dejarlos quietos si es que yo era el problema, pero pensaba en mi hijo, él no pidió nacer y había sido tan enfermo que seguí aguantando, mandando más olor cuando mandaban más basura, esperando que alguien entendiera.

Con el tiempo, la cosa se puso más grave. Entre las nuevas casas que fueron haciendo en la orilla y en desorden, basura y desprecio, Casimirito ya no podía respirar. A mí me dolía como si fuera fiebre en el cuerpo. Yo me veía en él, como si estuviera enfermo por descuido mío. Pero entonces, como suele pasar en esta tierra, llegó la esperanza de un momento a otro.

¡Hombe, mi gente!, eso no podía ser pa toda la vida. Recuerdo las primeras limpiezas que organizaron. Ustedes tenían que ver



a las mujeres y a los pelaos con palas y guantes, sacando bolsas, sacando palos, devolviéndole un poquito de aire a Casimirito. Yo, desde mi cauce, me sentía contento porque entendía que ese esfuerzo era como decirle que le tenían amor y aunque ni mi gente ni yo somos zalameros, sabemos querer. Limpiar a Casimirito no fue solo limpiar, fue cuidar lo propio, defender lo que se tiene pa que no se muera.



La cosa siguió mejorando cuando Andrés Mena, el muchacho que les menté antes y al que le tengo tanto cariño, apareció pa darle forma a la cuestión. Él es de los muchachos que salió de este barrio pa ir a la universidad, allá se hizo ingeniero ambiental. Creó un grupo de trabajo que se llama Reciclacho y con ellos se puso manos a la obra a convidar a la gente pa limpiarme a fondo, a mí y a mi hijo. Esa vez no vinieron a jugar en Casimirito, como hacían muchos de ellos cuando estaban pequeños, sino a salvarlo.

Por ese tiempo Andrés ya venía trabajando con Ana María Arango, que es profesora de la UCH, la universidad donde Andrés estudió. Allá habían estado trabajando en la construcción de la paz con muchachos que habían cogido el camino de la violencia y luego habían firmado su compromiso de volver este pueblo un lugar pacífico, muchos de esos muchachos eran de acá, del barrio. Cuando la señora Ana se empezó a reunir con ellos y les preguntó cómo hacer que esas intenciones de ellos se convirtieran en paz para la comunidad, yo quedé revuelto de alegría con la respuesta que le dieron: “Queremos cuidar a Casimiro, porque si Casimiro está bien, todos estamos bien”. ¡Mi gente!, eso me hizo sentir como que toda el agua me palpitaba de la felicidad. Uno cuida lo que quiere, como ya les dije antes. Si ellos querían cuidarme, todo lo demás estaba dicho.



Aunque ya la gente del barrio había hecho algunas jornadas de limpieza, ese día sentí que mi hijo y yo les importábamos de verdad, que no era apenas por librarse del olor y de las enfermedades, que no era no más por evitar que me desbordara sino que nos querían. Yo que siempre supe que ellos eran la familia que me había dado el Atrato, ahora tenía claro que ellos también sabían que mi hijo y yo éramos su familia. Poco a poco sentí la sal en mis aguas pero esta vez salía de mí mismo, no venía de ninguna otra parte. Yo que había arrastrado tanta agua sal de tristeza sentía como la sal me brotaba y me recorría solita desde mis propios adentros.

En el camino de su trabajo, la señora Ana María, los muchachos comprometidos con la paz y Reciclacho descubrieron que no hay mejor forma de hacer paz que cuidando al otro, y lo que nos rodea, cuidar el territorio. Así nació “La ruta de los cuidados”, que, como ya les había dicho, es un nombre que me suena bonito, ahora saben por qué. En poco tiempo más jóvenes y personas de mi familia se fueron uniendo a “La ruta”. Se convirtió en algo grande y poderoso, así que se organizaron en comités, yo les cuento bien más adelante. El que más trabaja conmigo es el comité ambiental. Ellos nos limpian a mi hijo y a mí, y no es apenas eso, sino que conversan con la gente pa que entiendan que todo lo que yo les doy es lo que he recibido. Que no ha sido mi intención causarles sufrimiento, que el primero en sufrir he sido yo.

↓ Integrantes del equipo del Plan Departamental de Lectura, Escritura, Oralidad y Bibliotecas del Chocó “Arnoldo Palacios” en uno de los recorridos por el barrio El Reposo.

Como entre familia nos entendemos, los míos ya tienen claro que no somos basureros sino parientes y que así como no le darían desechos a sus hijos o sus primas, no nos los deben dar a nosotros.



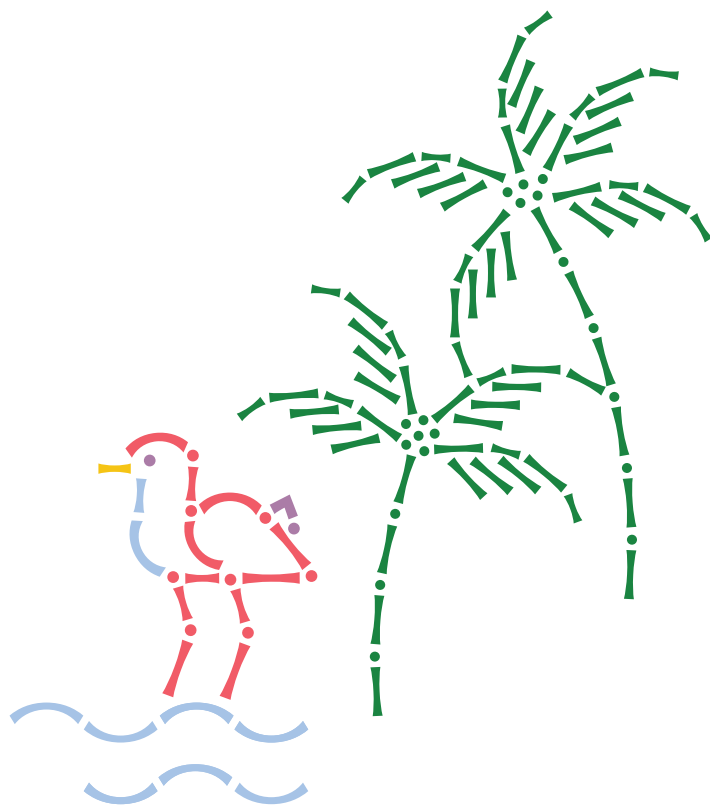


SALVEMOS A  
CASIMIRO

El otro día un vecino de mi cauce lanzó una bolsa plástica con restos de comida, y, caramba, casi se lo tragan unos muchachos que estaban en la orilla. Casi en coro le dijeron que eso no se hacía, que no me ensuciara. “¡No le tire eso a Casimiro porque lo enferma y se tapa!”, gritó el más pequeño. Eso sí fue dicha, les digo.

La gente de “La ruta de los cuidados” nos ha sacado el mugre sudando y riendo, ha hablado con la gente y han pintado letreros pa que todos se acuerden de mantenernos limpios. Así como yo, ellos vieron que aunque nació enfermo, Casimirito todavía puede curarse con cariño. Yo sé que si los jóvenes siguen metiendo la mano pa cuidarlo, él se levanta. Con cuidado todo pulla y reverdece.

**Por eso les digo: cuando ustedes vayan por el barrio y se encuentren con Casimirito, no lo miren con desprecio. Mírenlo con ojos de hermano chiquito, de hijo que necesita mano. Y yo, Casimiro, no quiero ver morir a mi hijo. Prefiero seguir confiando en que todavía tenemos fuerza y cariño pa salvarlo.**



← Líder de “La ruta de los cuidados” y participantes de los recorridos por el barrio El Reposo - 2 de mayo.

# Conocer para cuidar: "La ruta de los cuidados" y la expedición biocultural



**Nos motiva mucho saber que la quebrada le ha dado un sentido de resignificación a nuestro contexto.**

Como les decía antes, “La ruta de los cuidados” se formó para construir paz, y los pelaos dijeron que para hacer paz en nuestro barrio había que comenzar por cuidarnos a mi hijo y a mí. Con la formación del comité ambiental se formaron otros comités pa ellos hacer su trabajo. Algunos muchachos hacen investigación; otros se encargan de mostrar el arte que tenemos en el barrio y de enseñarle a la gente a hacer arte pa contar lo que piensan y también lo que sienten; hay otro comité que trabaja en el bienestar, ahí hacen ejercicio, se mueven pa olvidarse de los dolores del alma, recuerdan las creencias ancestrales que todos tenemos acá y conversan sobre tantas cosas tristes que nos pasan y que mantenemos en silencio, pero también hablan de lo bonito, de lo que hemos logrado en la comunidad; otro grupo de muchachos de “La ruta” se encarga de contarle al resto del mundo que nosotros existimos y lo que pasa en el proyecto. Hacen videos, fotos, sacan noticias. Cuando me han venido a limpiar, me han hecho videos en los que se ve a la gente trabajando y lo bonito que yo quedo después de que Reciclacho y la comunidad me consienten. Yo no he visto los videos, pero dicen que se me nota el cambio.

El trabajo del comité ambiental también ha sido pa el alma mía y de mi gente, han invitado a los míos a cantar sus alabaos, esos



↑ Mujeres sembrando en el barrio El Reposo.

cantos de los ancestros que no son solo música pa despedir a los muertos, sino una forma de hablar con los vivos y con la naturaleza. Con ellos la gente mía ha buscado curarse lo que está herido. Yo lo siento cuando empiezan a cantar a la orilla, como si cada verso me enjuagara por dentro y me dejara balsudo. Porque si la gente sana por dentro, yo también me alivio en mi cauce. Cuando los oigo, también pienso en los que llevé con mis aguas hasta el Atrato y más nunca se supo de ellos, los que se fueron sin despedida. El canto de los alabaos les va diciendo adiós y yo me siento más tranquilo porque tanta muerte guardada aquí a veces me revuelve todo. Mi gente se la ha arreglado pa recuperarme y recuperar el barrio haciendo todas estas cosas.

Todas estas actividades pasan en las calles del barrio, en las canchas, en la Casa Comunal, en la escuela o a campo abierto. En los espacios que hemos hecho mi gente y yo con tanta lucha durante veinte años, en lo de nosotros. “La ruta de los cuidados” nos ha ido mostrando todo lo que tenemos, lo malo y lo bueno. Pero de tanto ir contando las cosas que hemos logrado nos hemos dado cuenta de lo encabildados que hemos sido en este barrio, lo que pasa es que uno va haciendo y olvidando, haciendo y olvidando. Así los dolores se pueden repetir en cualquier momento, como ha pasado con la violencia,



↑ Personas de distintas generaciones siembran en la tierra del barrio El Reposo.

y las cosas bonitas se van borrando en el tiempo porque cada día trae nuevas calenturas pa atender y nos lo pasamos ocupados.

Yo que me mantenía callado y me iba desbordando de un momento a otro, ahora sé que mejor es tener en la memoria la historia de uno, pa darse ánimo en los momentos duros y acordarse cómo es que ha solucionado los problemas del pasado. Así estábamos todos contentos recordando lo que hemos conseguido a fuerza de trabajo cuando nos encontramos con una gente que llegó al barrio y nos propuso hacer una expedición con “La ruta de los cuidados”. Podíamos hacer una expedición, imagínense ustedes, mi gente. Que la gente que ya andaba contenta cuidando a este Casimiro y su Casimirito podía irse moviendo por los cauces pa hacer una lista de los animales vecinos y los tipos de monte y hierbas que se dan por estos lares.

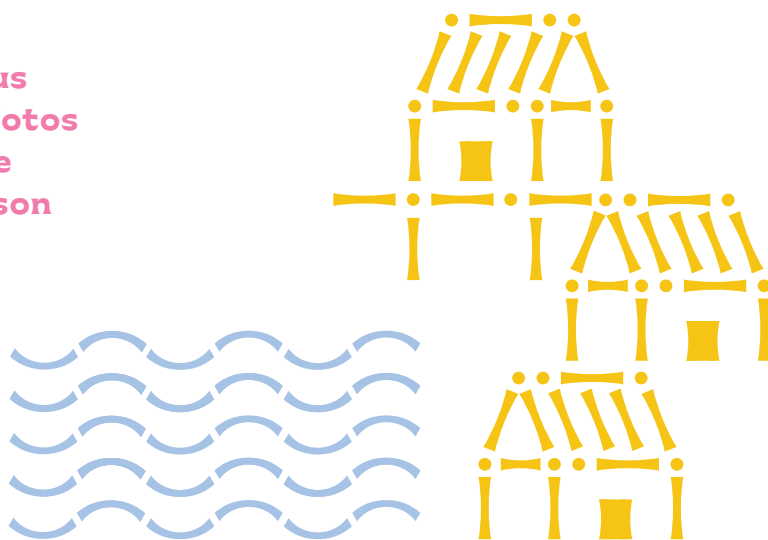
A mí me gustó la idea porque todo el tiempo ando oyendo el canto de los pájaros y el monte me roza o lo roza yo. Conozco cada animal

y cada hierba de mis orillas. También me llegan con la brisa las semillas de los sembrados de los patios y azoteas de mi familia, de lo que las abuelas plantan pa hacer remedio y los que los vecinos siembran pa comer. No se me olvidan los nombres porque en los días malucos cuando yo me desbordaba, arrastraba todo y quedaba un peladero, la tierra desnuda, los animales escondidos, con miedo. Yo me sentía solo. Pero con los días la gente volvía a sembrar, las raíces del monte y las hierbas silvestres volvían a crecer y se me reverdecían las orillas de lo más bonito. Los animales iban regresando uno por uno cuando me sentían calmado. Casimiro, gente y monte hemos estado acá siempre unos con otros. Porque los míos no comen sin el color de la vija, ni se despiertan sin el canto de los pájaros, ni me caminan si hay olor a culebra. Pero esas cosas uno las echa de ver es cuando no las tiene.

La gente de “La ruta” con los de la Biblioteca Nacional y el Ministerio de las Culturas, que fueron los que llegaron al barrio, comenzaron la expedición biocultural, oigan pues que así se llama. Vinieron a andar en mi cauce limpio ya, tomaron fotos de los animales y las hierbas que me acompañan a mí y también a ellos. Se quedaban mirando y oyendo como si fueran cosa desconocida. No era nada nuevo, no, pero ellos en la expedición le ponían cuidado a todo como si nunca lo hubieran visto y yo les echaba ojo a ellos, contento, sabiendo que nos estábamos llevando bien y que ahora no solo me cuidaban a mí sino a toda la vida de mis orillas.

Pasaron días en eso y yo los sentí distintos, agradecidos por todo lo que les da el mote y mis aguas. Consintiendo la tierra. La verdad sea dicha, si uno no sabe que tiene algo, ¿cómo hace pa cuidarlo?

**La gente mía iba trochando estos terrenos y anotando en sus cuadernos o guardando en sus fotos todo lo que encontraban porque sabían que era suyo y que ellos son de este monte también.**



# Mi barrio es una familia de agua



El Atrato, el río padre de estas tierras, el agua más caudalosa de estos montes me avisó cuando iba a darme una familia. Por agua me llegó el anuncio y todavía estaba preocupado tratando de entender cuando ellos llegaron, remontando el agua también.

Yo recibí con una congoja que no había sentido antes, ustedes ya saben eso. Ellos me hicieron conocer otra agua, la salada que sale de los ojos cuando el alma anda rota. No quiero volver a sentir eso, no. Por eso los he cuidado todo este tiempo. He recibido el agua roja de sus venas cuando están heridos o cuando me los entregan ya muertos con violencia.

También he enjuagado el agua de su esfuerzo, las gotas gruesas del sudor con el que han levantado sus casas, sus canchas, sus calles, el barrio. Se me ha filtrado el sudor de sus cuerpos cuando cortaban monte, clavaban tablones o bailaban sin descansar. He recibido el sudor y les he entregado mis aguas pa levantar sus casas, pa mojar la arena y el cemento con el que han construido todo.

Cuando hemos tenido disgustos porque han ofendido mis aguas y me he revuelto, me he crecido y con la misma agua que les doy

cariño he borrado todo el mundo de la orilla hasta que vuelvo a la calma y parezco quieto como un espejo.

Luego han vuelto los tiempos buenos, cuando bajan a bañarse el cuerpo caliente de tanto trabajar o vienen a brasear todavía pelaos. Con el tiempo, entendieron que no solo soy quebrada, que soy familia. Que se me van los días reverdeciendo todo pa que ellos lo gocen, que sostengo vida, callado, no más por verlos contentos. Entendieron que los cuido, que son mi gente y yo soy su Casimiro. Ahora ellos también me cuidan y yo me dejo querer. Cuando me di cuenta de que aman —óiganme ustedes, yo hablando de esas cosas— supe que las lágrimas, el agua salada del alma, también brotaban de alegría.




**Han pasado veinte años de andar juntos pa poder mirarnos distinto. Pa dejar de repetir lo que dicen de nosotros y entender lo que en verdad somos: vidas que siguen floreciendo en contra de la corriente de violencia, del olvido, del desprecio. Y después de todo lo que hemos pasado pa llegar hasta aquí, no me alcanza el cauce pa gritar lo que somos porque no lo pongo en duda y ellos tampoco: somos familia. Ellos gente y yo quebrada estamos unidos para siempre porque la sangre sí es agua.**



# La riqueza biocultural de Casimiro

Ahora les voy a mostrar las plantas y los animales que encontraron quienes vinieron a andar en mi cauce aquellos días, esos que se quedaron ahí mirando, oyendo, tomando fotos y escribiendo por largos ratos. Sé que hay muchas más plantas y animales que ellos no vieron cuando vinieron. Estos son sólo algunos de los seres que viven en mí y que nos ayudan en estas tierras a curarnos, a alimentarnos, a estar bien, como ya les voy a contar. Les muestro estas plantas y estos animales con los nombres que les hemos dado por aquí, y con sus nombres científicos.

## Las plantas del recorrido biocultural

Hábito de crecimiento	Estatus de residencia	Categoría de amenaza (IUCN)	
Hierba 	Nativa <b>NA</b>	Datos insuficientes <b>DD</b>	Preocupación menor <b>LCV</b>
Arbusto 	Exótica <b>EX</b>	Casi amenazada <b>NT</b>	Vulnerable <b>VU</b>
Árbol 	Endémica <b>EN</b>	En peligro <b>EN</b>	En peligro crítico <b>CR</b>



## Poleo

*Mentha pulegium*

El poleo se utiliza tradicionalmente para curar lombrices, aliviar síntomas de gripe, desinflamar y sanar dolores. En el ámbito gastronómico, sus hojas se emplean para preparar bebidas calientes como aromáticas, y para enriquecer el sabor de platos como los sancochos.





## Llantén

*Plantago major*

En infusión, el llantén se utiliza para tratar la fiebre, controlar la presión arterial y aliviar molestias estomacales como la gastritis y la diarrea. Se le atribuyen propiedades antiparasitarias para eliminar lombrices intestinales y es usado como remedio para afecciones como el mal de ojo y el mal de nacido. También ayuda a regular el colesterol y su uso moderado favorece al bienestar general.



## Verdolaga

*Portulaca oleracea*

La verdolaga se utiliza tradicionalmente para tratar el mal de lombriz, como purgante o laxante, y es buena para el insomnio. Además, se utiliza para preparar platos como sancochos, huevos revueltos, jugos y ensaladas, aprovechando su sabor fresco y sus beneficios medicinales.



## Carpintero

*Selaginella willdenowii*

El carpintero es utilizado tradicionalmente para facilitar los partos, curar las tramas y tratar mordeduras de culebra. También se emplea en la preparación de balsámicas de protección, y en riegos para atraer la buena suerte. Se puede llevar en la cartera para atraer el dinero. Además, se usa para desatranchar, ayudando a desbloquear energías o situaciones complicadas.





## Hierbabuena

*Mentha arvensis*

La hierbabuena es conocida por sus propiedades para tratar el mal de lombriz, controlar la presión arterial, aliviar problemas del corazón y mejorar la retención de memoria. También es eficaz para calmar dolores, aliviar la gastritis, mejorar la circulación, tratar el mal de nacido, y reducir el daño estomacal, como la diarrea. Se utiliza como remedio para el mal de ojo y como relajante muscular.



## Pichindé

*Zygia longifolia*

Es una especie nativa de gran relevancia ecológica, ya que sus flores y frutos atraen una diversidad de aves e insectos que promueven la polinización y el equilibrio del ecosistema. Además, es un árbol que se adapta con facilidad a suelos húmedos y bien drenados, por lo que es ideal para proyectos de restauración en áreas ribereñas. Por su copa densa, también es valiosa para proveer sombra y refugio a la fauna local.



## Santa María / Hierba Santa

*Piper auritum*

Planta nativa ampliamente valorada por sus usos culinarios y medicinales. Sus grandes hojas aromáticas se emplean como condimento en platos tradicionales gracias a su sabor anisado, mientras que en la medicina natural se utiliza en infusiones para aliviar problemas digestivos y respiratorios. Además, contribuye a la biodiversidad al atraer polinizadores y se adapta fácilmente a suelos húmedos.





## Matarratón

*Gliricidia sepium*

Es un árbol altamente valorado por su versatilidad y beneficios ambientales. Sus flores son un importante recurso para colibríes e insectos, mientras que su capacidad para fijar nitrógeno mejora la calidad de los suelos. Además, su sombra es ampliamente aprovechada en sistemas agroforestales, favorece cultivos asociados y el bienestar del ganado.



## Guama

*Inga spectabilis*

Es plantada principalmente por sus frutos, los cuales son comercializados debido a su pulpa abundante, jugosa y dulce. Sus vistosas flores, ricas en néctar, atraen polinizadores como abejas y aves, y es comúnmente utilizado como sombra para cultivos de cacao y café.



## Achote

*Bixa orellana*

Es un árbol pequeño ampliamente valorado por sus semillas, de las que se extrae el annatto, un pigmento natural usado como colorante alimentario, cosmético y textil. En la medicina tradicional, se emplean sus hojas, semillas y corteza para tratar afecciones digestivas, respiratorias y cutáneas.





## Lulo Chocoano

*Solanum sessiliflorum*

Es una planta cultivada principalmente por sus frutos, los cuales son ampliamente utilizados en la gastronomía. Su pulpa es versátil y se emplea en la preparación de jugos, néctares, mermeladas, compotas, encurtidos y dulces, además de consumirse fresca o como parte de ensaladas y acompañamientos en platos tradicionales.








## Achín / Papa China

*Colocasia esculenta*

Es cultivada por sus tallos engrosados subterráneos comestibles, que son altamente versátiles en la cocina. Estos se utilizan para preparar sopas, purés, frituras, harinas y dulces. Sus hojas también se consumen cocidas en algunas recetas tradicionales. Su adaptabilidad a climas cálidos y suelos húmedos la convierte en un cultivo importante en regiones tropicales del país, y en una fuente clave de alimento en diversas preparaciones.



## Los animales del recorrido biocultural

Tipo de alimentación	Estatus de residencia	Categoría de amenaza (IUCN)
Insectos 	Residente 	Datos insuficientes  Preocupación menor 
Semillas 	Migratorio 	Casi amenazada  Vulnerable 
Néctar 		En peligro  En peligro crítico 
Frutos 		
Pequeños vertebrados 		



### Chilaco

*Aramides cajaneus*

Tamaño: 38 - 40 cm

Es un ave que habita en humedales y áreas pantanosas, caracterizada por su plumaje en tonos grises y marrones. Suele desplazarse con agilidad entre la vegetación densa cercana al agua, lo que la hace difícil de observar directamente.



### María Mulata

*Icterus mesomelas*

Tamaño: 21 - 24 cm

Es un ave destacada por su vibrante plumaje amarillo brillante que contrasta con su dorso y cabeza negros. Es común observarlo en áreas abiertas y bordes de bosques, donde su canto melodioso resuena en el entorno. Su elegante combinación de colores y su presencia activa lo convierten en una especie inconfundible en su hábitat.





## Titiribí / Bichofué

*Pitangus sulphuratus*

Tamaño: 22 – 25 cm

Es un ave reconocible por su plumaje amarillo brillante en el vientre, combinado con una banda blanca en la cabeza y alas de tonos oscuros. Su presencia es habitual en jardines, áreas abiertas y bordes de cuerpos de agua, donde suele ser visto posado en ramas altas o cercas. Es famoso por su canto fuerte y característico, que resalta en los paisajes rurales y urbanos.



## Cocinera

*Crotophaga ani*

Tamaño: 33 – 36 cm

Es un ave que frecuenta áreas abiertas, campos cultivados y bordes de bosques. Se distingue por su plumaje completamente negro, con un brillo iridiscente, y su característico pico grande y curvado. Es común observarlo en grupos, mostrando un comportamiento social activo mientras se desplaza entre ramas bajas o el suelo.



## Chucha orejinegra

*Didelphis marsupialis*

Tamaño: 30 cm

Es un mamífero que habita desde Canadá hasta Argentina. Se caracteriza por tener una cabeza de color amarillento, y unas orejas usualmente negras, grandes y desnudas, unos ojos grandes, y una nariz de color rosado. Estos animales no son agresivos y se consideran benéficos dado que, por su alimentación, tienen una función de control de plagas como ratones, insectos y gusanos.

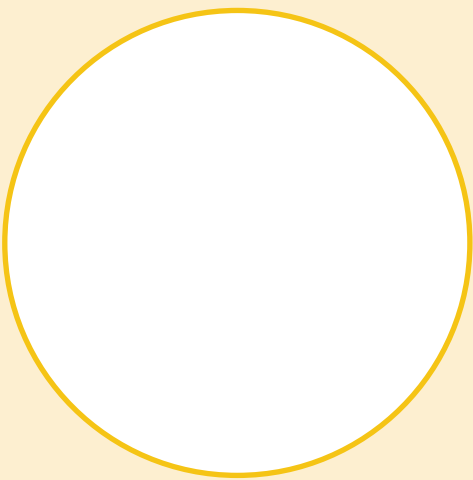


# La riqueza biocultural de mi territorio

Estoy seguro de que también vives cerca de muchos seres como los que viven en mí. Puedes ir a buscarlos, verlos con calma, oírlos con atención, anotar lo que veas, luego buscar más sobre ellos, quizás en un libro de la biblioteca, quizás con tu celular. Ojalá le preguntes a personas que han vivido cerquita de ellos y conocen sus secretos. Dibuja, escribe y termina con tus palabras este cauce de palabras, que es mío y que ahora es nuestro.

## Las plantas de mi territorio







[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]



[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]



[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]

Los animales de mi territorio



Blank rectangular box for writing.

Blank rectangular box for writing.

Small blank rectangular box for writing.



Blank rectangular box for writing.

Blank rectangular box for writing.

Small blank rectangular box for writing.



Blank rectangular box for writing.

Blank rectangular box for writing.

Small blank rectangular box for writing.



[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]



[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]



[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]



Blank white rectangular box for text input.

Blank white rectangular box for text input.

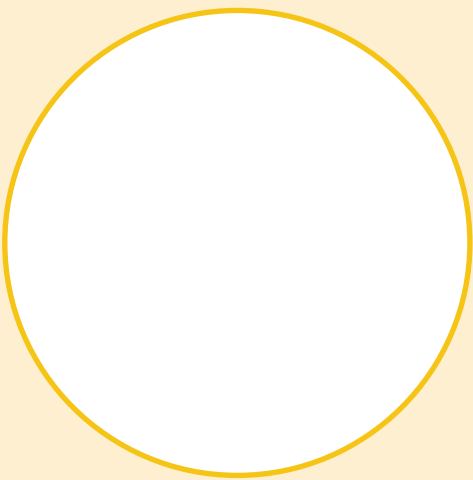
Blank white rectangular box for text input.



Blank white rectangular box for text input.

Blank white rectangular box for text input.

Blank white rectangular box for text input.



Blank white rectangular box for text input.

Blank white rectangular box for text input.

Blank white rectangular box for text input.



[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]



[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]



[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]

[Blank white rectangular area]



MiCASA es un banco de pensamiento en el que se sientan a meditar los sabios chamanes.

MiCASA es un oso hormiguero glotón. MiCASA es un atril para leer cualquier libro.

MiCASA es tu casa y la suya y la nuestra. MiCASA es el lugar en donde caben las historias, relatos y memorias de todo un país.

**MiCASA** es el sello editorial del **Ministerio** de las **Culturas**, las **Artes** y los **Saberes**.

*Casimiro. Memoria biocultural del barrio El Reposo de Quibdó, Chocó* se terminó en noviembre de 2025 y hace parte de la apuesta del Gobierno del Cambio por la protección del patrimonio biocultural que hace posible la diversidad de culturas, artes y saberes de Colombia.

Para su elaboración se usaron los tipos FreightText Pro y Gardein.

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia utilizando tintas formuladas con base en aceite de soya, consideradas más respetuosas con el medio ambiente. Los papeles utilizados están fabricados a partir de fibras alternativas (no maderables), como el bagazo de caña de azúcar, los cuales son biodegradables, reciclables, inodoros e ino cuos. Además, se emplearon planchas para la impresión offset destacadas por su capacidad para reducir el consumo de agua y productos químicos durante el proceso. Estas decisiones reflejan el firme compromiso de la Imprenta Nacional con la adopción de prácticas responsables y ecológicas en la industria de la impresión en Colombia, contribuyendo activamente a la preservación del medio ambiente.



www.imprenta.gov.co  
PBX (0571) 457 80 00  
Carrera 66 No. 24-09  
Bogotá, D. C., Colombia

Nos interesa construir un legado.

Un legado de transformación de la conciencia, que ayude a crear nuevas realidades, unas que sean mejores que en las que hemos crecido.

Que las futuras generaciones sepan que, aunque el barrio es difícil y se viven cosas terribles, no todos son malos, no todo es malo, que sepan que hubo en algún momento jóvenes como ellos que se esforzaron por ser mejores, por ayudar a construir la paz en el barrio para que ellos estuvieran mejor.

No se trata solo de nosotros, quizás no lo podamos ver hecho, pero ayudar a que Casimiro se sane es nuestra responsabilidad y ya no se puede esperar más.